

COMEDIA FAMOSA

DE

EL EJEMPLO DE CASADAS

Y

PRUEBA DE LA PACIENCIA

COMPUESTA POR EL EXCELENTE POETA

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

4 mujeres
18 hombres

- | | | |
|-------------------------------|---------------------------------|--------------------------|
| 1 ENRICO, Conde de Barcelona. | 9 FABIA. } Damas. | 18 LAURENCIA, su hija. |
| 2 ELARINO. } Caballeros. | 10 FLORA. } | 19 FENISA, villana. |
| 3 ROSELIO. } | 11 ARNESTO. } Galanes. | 20 BELARDO. } |
| 4 EL MARQUÉS FLORIANO. | 12 EVANDRO. } | 21 DANTEO. } Villanos. |
| 5 EL PRÍNCIPE DE VIERNA (1). | 13 RELATOR. | 22 LUCINDO. } |
| 6 ROSARDO (2). | 14 DOS CAZADORES. | GENTE DE ACOMPAÑAMIENTO. |
| 7 ANSELMO. | 15 TIBALDO, camarero del Conde. | MÚSICOS. |
| 8 CELIO. | 17 LAURO, labrador viejo. | |

LOA

Mi tío el cura me escribió
Esta semana pasada,
De mi aldea mil quillotros,
Y tras de darme las Pascuas,
(Es muy propio en los billetes
Tener la primera entrada
Ésta) y dijo le escribiese
Lo que por acá pasaba.
Y yo, tomando en las manos

Una pluma mal cortada,
Pinté, con razones toscas,
Lo siguiente en una carta:
Orillas de Manzanares,
Entre fértiles cabañas,
Donde el mayoral Helipe
Su blanco ganado guarda,
Hay, tío, mil novedades:
Trabajo, poca ganancia,

(1) En el texto dice *Biarme*.

(2) De tres maneras distintas está en el texto: *Rosardo, Rosaldo y Rosauero*.

4/14/89

1196769

JML

Bien servir y mal premiar,
 Que es aquí regla ordinaria;
 Hay poetas de cartilla (1)
 Que, sin llegar á estudiarla,
 Dicen que es Virgilio un asno,
 Y ellos lo son en mi ánima;
 Hay zagales que es contento,
 Y entre ellos muchas zagalas.
 La hija del mayoral
 Dicen que agora se casa;
 Que otro mayoral muy rico
 Que vive en tierras extrañas,
 Le ha enviado un mensajero,
 Y ella, compuesta y galana
 Con sartales y patenas,
 Cuentas y arillos de plata,
 Le recibió esotro día
 Entre otras muchas serranas;
 Y al mensajero polido
 Mil zagales acompañan,
 Y por ampararle, todos
 Su ganado desamparan.
 Vino Antón el de Medina,
 Y Juan de la sierra de Alba,
 El de Montalto ó Almonte;
 Vino Pascual de Moncada,
 Y Gonzalo el de Maqueda
 Con Miguel el de Pastrana,
 Y Martín el de Segorbe
 Con Juan el de Peñaranda;
 Vino Domingo de Zea,
 Luego el de Guadalajara,
 Jusepe del Infantado,
 Que á Gil de Feria acompaña;
 Roque Sánchez de Alburquerque
 Vino en su yegua castaña,
 Jerónimo de Escalona,
 Juan de Uceda, nueva planta
 De aquel ganadero rico
 Digno de eterna alabanza;
 Eugenio de Villahermosa,
 Luego á su lado llevaba
 Á Sancho de Terranova,
 Y de las quintas del Papa
 Andrés de Monteleón
 Y otros mil zagales bajan.
 De Peñafiel, de Cañete,
 Del Carpio, de Villafranca,
 Del Valle, de Mirabel,
 De San Germán, de Velada,
 De Barcarrota y Cerralbo,
 De Espínola y Loriana,
 De Farses (2) y de Alcañizas,
 Frómista, Laguna, Tábara,
 Este, Navas, Nieve, Osorno,
 Santa Gadea y Saldaña,
 Villamor, Pliego, Olivares,

(1) Castilla en la *Flores de Comedias*.(2) Probablemente debe leerse *Falces*.

Alba de Lista y Barajas,
 Ampudia, Chinchón, Coruña,
 Salazar y Santillana,
 De Morata y de Alcaudete
 Y de otras mil partes varias,
 Vinieron tantos zagales,
 Que mi memoria no alcanza,
 Porque á referirlos todos
 Eran menester mil cartas;
 Pero lo que falta dejo
 Á las lenguas de la fama.
 Iban vestidos de prieto,
 Que es siempre la mayor gala,
 Con sus plumas de avestruces,
 Unas prietas y otras brancas;
 Muchos iban remendados,
 Y algunos dellos llevaban
 Los corderillos colgando
 Encima de las casacas.
 Á la cabaña llegaron
 Sin tamboriles ni flautas
 Por no alborotar la novia,
 Que es, en efeto, muchacha.
 Dijo el zagal su mensaje,
 Pero la novia, turbada
 De vergüenza, el alabastro
 Cubrió de roja escarlata.
 Entonces pienso que el sol
 Apresuró su jornada,
 Que entendió que amanecía
 Como vió salir el alba.
 Quiso hablar, pero no pudo
 Porque el ángel que la guarda
 Dió por ella el dulce *fiat*:
 Vivan mil edades largas.
 Brotaron aquella noche
 Las peñas desta montaña
 Fuego, que como es de fuego
 Incendió sus luminarias.
 Dícese que este verano
 Habrá comedias y danzas;
 Esto hay nuevo en Manzanares:
 Perdonad, tío, las faltas.
 Fecha á veintidós de Abril,
 Primero día de la Pascua
 Que resucitó el Cordero
 Glorioso en cuerpo y en alma.
 ¿Quién á tan alto sujeto
 Le podrá hallar comparanza?
 ¡Pardiobre, yo no le hallo!
 Mas si la verdad se ampara,
 Yo vengo á decir verdades,
 Y esto será en dos palabras;
 Que un rústico labrador
 Poca retórica gasta.
 El mayoral desta historia
 Viene á ver vuestras cabañas;
 Acompañanle deseos
 Y voluntad le acompaña;
 Hoy llega á vuestra presencia,
 Amparalde en vuestra gracia;

Que él, humilde, me envió
 A que os leyese esta carta.
 Otorgalde el dulce *fiat*
 Desas lenguas cortesananas;
 Que él os promete por mí
 El serviros con el alma.

Este ha sido mi mensaje
 Libre; perdonad mis faltas,
 Y hablad muy enhorabuena,
 Que bien habla quien bien calla.

FIN.

EL BAILE DEL ¡AY, AY, AY! Y EL SOTILLO

Salen dos fregonas cantando, con sus líos.

FREGONA 1.^a

Ancha la espadita,
 Los tiros cortos,
 Sale el bien de mi vida
 A matar moros.

Cansada vengo, que el río
 Lejos de mi casa está;
 El lío lo pagará,
 Ya que me ha cansado el lío.

FREGONA 2.^a

Dije yo Manzanares,
 Dijo él Pisuerga,
 Levantamos las voces
 Y hubo pendencia.

FREGONA 1.^a

¿Es María?

FREGONA 2.^a

¿Es Isabel?

¡Oh amiga, dame esos brazos!
 Días ha que no te veo.

FREGONA 1.^a

Siéntate.

FREGONA 2.^a

No voy despacio;
 Que gruñirán en mi casa.

FREGONA 1.^a

¿Son mal acondicionados?
 Cuéntame, por vida tuya,
 Si mudaste de ama y barrio.

FREGONA 2.^a

Pues ¿había de pasarse
 Sin darme burco un año,
 Padeciendo impertinencias?

FREGONA 1.^a

¿De quién?

FREGONA 2.^a

De aquel espantajo.

FREGONA 1.^a

Qué, ¿te trataba tan mal?

FREGONA 2.^a

Después de limpiar el patio,
 Barrer la casa y zaguán,
 Y barrer muy ordinario;
 Después de andar en visitas,
 Traer y llevar recados,
 Y de andar en la cocina
 Con ligereza de un gamo;
 Después de fregar sartenes
 Y un vasar de sucios platos,
 Con más ollas que se comen
 Los bobos en el tablado,
 Lo que sobraba del día
 Me hacían estar rezando,
 Y al cabo, con hambre daban
 A mi triste vida cabo:
 Por esto me despedí,
 Y ya sirvo á un boticario
 Con gusto, más con pasión
 De aceites, botes y emplastros.

Tocan dentro guitarras y cantan.

FREGONA 1.^a

Cantar oigo en la ribera
 Entre sus floridos ramos,
 Y si no me engaño, son,
 Nuestros respetos lacayos.

Sale un lacayo y un músico cantando.

MÚSICO 1.^o

Son estrellas los ojos
 De mi morena,
 Es verdad que es fregona,
 Que ella no es reina.

Sale otro lacayo con otro músico cantando.

MÚSICO 2.^o

Dios te libre, fregona,
 Que te halle hablando,
 Pues conoces la furia
 De tu lacayo.

Sale Beltrán, lacayo, cantando.

BELTRÁN.

Todo hombre lacayo
Siempre es valiente,
Que ha de ser esforzado
Quien vino bebe.

FREGONA 1.^a

¡Oh, lacayo de mi vida!

LACAYO 1.^o

¡Oh, fregona de mis ojos!

FREGONA 2.^a

Ya cesaron mis enojos.

LACAYO 2.^o

¡Prenda del alma querida!

LACAYO 1.^o

Mi regalo, mi fregata,

¿Es posible que nos vemos?

FREGONA 1.^a

Por tanto gusto, bailemos.

LACAYO 2.^o

Vaya, pues, ¿que se dilata?

Que estos señores darán

Para bailar ocasión,

Cantando.

FREGONA 2.^a

Tienes razón.

MÚSICO 1.^o

Bailen, que el son les harán.

Cantan y bailan la letra siguiente:

Aunque el campo se ve florido
Con la blanca y la roja flor,
Más florido se ve quien ama,
Con las flores del amor.
Aunque dulces ruiñeñores
Le den al campo placer,
Y en sí contemple correr
Los cristales bullidores;
Aunque las flores mejores
Le den la gloria mayor,
Más florido se ve quien ama,
Con las flores del amor.

Siéntanse, y dice la fregona 1.^a.

FREGONA 1.^a

¡Ah, mi señor solitario!

¿Adónde tiene la ingrata,
Quiero decir, la fregata?

¡Vive Dios, que es temerario!

BELTRÁN.

¿Quién la mete á la fregona
En hablarme, siendo un rayo?

FREGONA 1.^a

Fregona soy, y él lacayo.

BELTRÁN.

Hable bien la picarona.

FREGONA 1.^a

¿Quiere que diga por qué

Se dijo que poco había
De rocín á ruin?

BELTRÁN.

Querría.

FREGONA 1.^a

Pues escúcheme, voacé:

Si es voacé ruin y va junto
Lo más del año á un rocín,
Poco hay de rocín á ruin.

BELTRÁN.

No me ha contentado el punto.

Ya mis sentidos se quejan,
Castigarla han mis rigores,
Mas temo á sus servidores,
Que aun de noche no la dejan.

Mas ya que no sé bailar,
Quiero cantar; no se espante.

FREGONA 1.^a

Cante, pues, si sabe; cante.

BELTRÁN.

Y ¡cómo que he de cantar!

Saca la guitarra Beltrán, y canta.

BELTRÁN.

Sale la estrella de Venus.....

FREGONA 1.^a

¿Quién dice menos?

BELTRÁN.

Al tiempo que el sol se pone.....

FREGONA 2.^a

Porque se entone.

BELTRÁN.

Y la enemiga del día.....

FREGONA 1.^a

¡Qué bobería!

BELTRÁN.

Su negro manto descoge.

FREGONA 1.^a

Porque se moje.

BELTRÁN.

Y con ella un fuerte moro.....

FREGONA 1.^a

¡Qué bravo toro!

BELTRÁN.

Semejante á Rodamonte.....

FREGONA 2.^a

¡Mátete un monte!

BELTRÁN.

Sale de Sidonia airado.....

FREGONA 1.^a

Es un cuitado.

BELTRÁN.

De Jerez la vega corre.

FREGONA 2.^a

¡Oh, que se corre!

BELTRÁN.

No me corro, mas podrían
Callar cuando Beltrán canta,
Hombre que por su garganta
Come; es verdad, no se rían.

FREGONA 2.^a
 ¿Beltrán se llama?
 BELTRÁN.
 Sí, á fe.
 FREGONA 2.^a
 Pues canten los que aquí están,
 Esto en honor de Beltrán.
 FREGONA 1.^a
 Canten, que yo bailaré.

Cantan y bailan.

MÚSICOS.
 ¡Qué corrido está Beltrán
 Por la vaya que le dan;
 Qué corrido que le veo
 Por la vaya que le dieron!

FREGONA 2.^a
 De la cabeza á los pies
 Doliente está su persona,
 Más corrida que una mona,
 Y no es mucho si lo es;
 Trae el alma del revés,
 Disparates se le van.
 ¡Qué corrido....

FREGONA 1.^a
 Él se precia de cantar,
 Oficio que no le toca;
 Tiene otra gracia su boca,
 Y no pienso que es menor,
 Porque es muy buen bebedor:
 Todos le conocerán.
 ¡Qué corrido.....

BELTRÁN.
 ¡Oh qué mal que lo ha bailado!
 FREGONA 1.^a
 Miente el lacayo.

Dale un bofetón ella.

BELTRÁN.
 ¡Ay, ay, ay!

FREGONA 1.^a
 Estopilla de cambray,
 Diga quién se lo ha enseñado.

BELTRÁN.
 ¡Es barro una bofetada
 Para no aprender un son?

FREGONA 1.^a
 Vaya esta nueva invención,
 De algún gotoso inventada.

FREGONA 2.^a
 No fué sino de un lencero
 Para vender su cambray.

FREGONA 1.^a
 Vaya, pues, el ¡ay, ay, ay!
 Que por bailarle me muero.

Cantan y bailan.

MÚSICOS.
 ¡Ay, ay, ay!
 Estopilla de cambray.
 ¡Ay, ay, ay! que el ¡ay, ay, ay!
 Hasta el alma se me ha entrado.
 Quien el ¡ay, ay, ay! no baila,
 El gusto tiene estragado.

¡Ay, ay, ay!
 FREGONA 1.^a
 En un pocito de celos,
 ¡Ay, ay, ay! estoy metida,
 Que si el amor no me saca,
 ¡Ay, ay, ay! yo soy perdida.

¡Ay, ay, ay!
 BELTRÁN.
 Todos dicen ¡ay, ay, ay!
 ¡Ay, ay, ay! con todos diga;
 Mal haya quien no dijere,
 ¡Ay, ay, ay! como yo digo.
 ¡Ay, ay, ay!

Métese Beltrán en medio, y va bailando, con que se da
 fin al famoso baile.

EL EJEMPLO DE CASADAS

Y

PRUEBA DE LA PACIENCIA

ACTO PRIMERO

Salen Enrico, Elarino y Roselio.

ENRICO.

Vasallos, yo os agradezco
Vuestra justa pretensión;
Deseo la sucesión,
El casamiento aborrezco.
Ful de mi padre advertido
Cuando comenzaba á ser,
Que no escogiese mujer
La vista, sino el oído.
Y decía muchas veces,
Que del pleito de casar
Eran de todo el lugar
Ojos y lenguas jueces.
Que quien con justa elección
Buena mujer escogía,
Hallaba un sol que ceñía
De luz su buena opinión.
Y que no siendo escogida
Tal, llevaba en su rigor
Una noche de su honor
Y una infamia de su vida.
Estas y otras muchas cosas
Me hicieron considerar
Que quiere espacio el tratar
Materias tan peligrosas.
Yo lo veré, yo daré
Ese gusto lo más presto
Que pueda; que estoy dispuesto
A estimar su celo y fe.

ROSELIO.

Noble Enrico de Moncada,

Señor nuestro y del condado
De Ruysellón, estimado
Por tu ingenio y por tu espada:
Mucho á tus vasallos pesa
Que de casarte rehuyas,
Y que desa suerte arguyas
El fin desta justa empresa.
Todas las cosas se adquieren
Con ciencia y valor romano,
Todas al ingenio humano
De los hombres se prefieren.
Bien puedes tú conquistar
Á Francia y á Inglaterra,
Ser Alejandro en la tierra
Y ser Jasón en el mar:
Ver del sol resplandeciente
La misma cuna en que nace,
Y el túmulo donde yace
Por el opuesto Occidente:
Medir con pasos iguales
Más tierra por todo el suelo,
Que en las esferas del cielo
La ciencia y compás de Tales:
Mas no por la tuya hallar,
Ni con paces ni con guerras,
Tal mujer, aunque no yerras
En procurar acertar.
El conformaros los dos,
Del mismo cielo ha de ser,
Porque la buena mujer
Viene de mano de Dios.

ELARINO.

Da este gusto á tus vasallos,

Noble Enrico, así te veas
Con el laurel que desees,
Y así tus fuertes caballos
Vean el corriente Cona
Con mil trofeos y lazos,
Y cerque Dafne, á dos brazos,
Tu celada y tu corona.

Que si no hubieran mirado
Que no hay cosa que te mueva,
Ó la que algún libre lleva
Huyendo de ser casado,
(Lo que es imposible en ti),
No se dieran priesa agora.
Para que les des señora
Que dé traslados de ti.

Tú no amas cosa alguna
De tu estado. ¿Qué te impide?
¿Qué temor se descomide
Á tu valor y fortuna?

¿Cómo puede un gran señor
Errar en su casamiento,
Siendo un claro fundamento
Del polo de tu valor?

La mujer que tu consejo
Elija, espejo será
Que con tu luz servirá
Á tus estados de espejo.

Ésta hallarán en Castilla,
Aragón ó Portugal,
Francia ó Saboya, tu igual,
Digna de tu cetro y silla.

Ea, señor, da este gusto
Á quien te adora y desea
Que siempre su dueño sea
Tu casa y tu nombre augusto.

ENRICO.

Digo que lo miraré,
Amigos, con más cuidado.

ROSELIO.

Del romano celebrado,
Empresa famosa fué
El áncora y el delfín,
Para darnos á entender
Que espacio y priesa ha de haber:
Date espacio y priesa al fin.

ENRICO.

Yo os juro determinarme
Lo más presto que yo pueda,
Que no es poco que os conceda
La voluntad de casarme;

Que os juro que antes entrara
De una tigre en una cueva,
Y con fuerza heroica y nueva
De los pechos le quitara

Un hijo, ó con un león
Entrara á hacer desafío
Con más fortaleza ó brío
Que Lisímaco ó Sansón;

Ó me abrazara desnudo
Con las sierpes de Laoconte,
Ó subiera al hombro el monte

Que el fuerte Milón no pudo,
Ó al Líbano de damasco
Pusiera atlántica frente,
Ó llevara eternamente
De Sísifo el gran peñasco,
Ó la torre de Babel
Pretendiera edificar,
Ó pretendiera agotar
El mar sacando agua dél;
Que casarme ni vivir
Una hora sola casado,
Porque un casamiento errado,
No es tanta pena morir.

ROSELIO.

Mil mujeres virtuosas
Coronan á sus maridos
De gloria.

ENRICO.

Y mil, ofendidos,
Se quejan de muchas cosas.
Mas qué, ¿pretendéis contarme
Lo que Porcia y Artemisa,
Para que me dé más prisa
Con este ejemplo á casarme,

Como si Fabia y Albina,
Rosimunda y otras mil
No acompañaran la vil
Y deshonesta Agripina?
Ahora bien: nada me agrada
Como decirme los dos
Que de la mano de Dios
Viene la mujer honrada.

Esto espero y eso creo,
Eso le pido, y os juro
Que sola virtud procuro,
Que es el dote que deseo.

No hayáis miedo que me lleguen
Cantidad ni calidad;
Virtud, fama, honestidad
Me den, lo demás me nieguen.

Yo escogeré tal mujer,
Y la probaré de modo,
Que la halle buena en todo,
Porque en todo lo ha de ser.

Hoy pienso, amigos, que es día
De ir á la cárcel.

ELARINO.

Ansí
Lo esperan todos de ti,
Que es ley deste estado.

ENRICO.

Y mía,
Que es mucha razón (1).

Vase el Conde.

ROSELIO.

El cielo tu vida aumente.

ELARINO.

Enrico es hombre prudente.

(1) Verso incompleto.

ROSELIO.
¿Prudencia es la remisión?
¿Qué teme este hombre?

ELARINO.

No sé.

ROSELIO.
¿Por qué cela el casar mal?

ELARINO.

Si un hombre tan principal
Lo teme, él sabe por qué.

ROSELIO.

Aunque por Astrología
Le hubieran adivinado
Que había de ser mal casado.....

ELARINO.

La opinión del pueblo y mía
Es que debe de ser casto
Á más no poder.

ROSELIO.

Si es eso,
Ya temo algún mal suceso.

ELARINO.

Cualquiera temor contraste
Con su virtud.

Viene un reino á sujeción,
Y á veces dueño á disgusto (1).

Sale Tibaldo, camarero, y dos cazadores.

TIBALDO.

Esté todo apercebido.

CAZADOR 1.º

Perros y halcones lo están.

TIBALDO.

Traiga Ardenio el gavilán
Que de la garza está herido,
Aunque pienso que desea
Matar algún jabalí.

ELARINO.

¿No ves lo que pasa aquí?
En esto su vida emplea.

ROSELIO.

Y acierta, porque la caza
Dignidad de Príncipe es.

ELARINO.

Todo cuanto en ella ves
Es de una guerra la traza:
Hace muy fuertes los hombres,
Cría gallardos soldados.

TIBALDO.

Haz que tengan ensillados
Para cuatro gentilhombres,
Fabio, otros tantos caballos.

CAZADOR 2.º

Voy; estarán avisados (2).

Vase.

TIBALDO.

Va esta tarde Su Excelencia

(1) Restos de una redondilla. Lo demás se ha perdido.
(2) Faltan dos versos.

Á caza, como otras veces.

ROSELIO.

Justa privanza mereces
Por tu ingenio y diligencia.
¿Adónde va?

TIBALDO.

Á Mirafior.

ROSELIO.

¿Volverá presto?

TIBALDO.

No sé;

Que como en ocio se ve,
Trátale el campo mejor.

ELARINO.

Mucho huye de la Corte.

TIBALDO.

Es todo filosofía.

ELARINO.

¿Trata el casarse?

TIBALDO.

Querría,

Mas no hay quien mujer le corte
Á medida de su idea;

Que la bien imaginada
Lucrecia, en el ser honrada;
En amor, Isicratea;

Nicostrata, en el saber;
Judit, en la fortaleza,
Y Edvanes en la firmeza.

ELARINO.

Y ¿dónde habrá tal mujer?

TIBALDO.

Muchas hay, y muchas tiene
Y ha tenido el mundo, tales.

ELARINO.

Á príncipes sus iguales,
Menos, Tibaldo, conviene
Tan alta filosofía,

Porque de ese proceder
Se suele el gran monstruo hacer,
Como el que Tebas tenía.

Yo aseguro que no vuelve
Á la ciudad en un mes.

TIBALDO.

También puede ser que en tres,
Si á no venir se resuelve.

¿Dónde está agora?

ELARINO.

En audiencia;

Porque (1) es ley que al año asista
Tres veces.

TIBALDO.

Será su vista
De perdón y de clemencia.
Esto voy á prevenir.

Vase Tibaldo.

ROSELIO.

Dios le dé al Conde mujer

(1) Que.

Tan justa, que pueda ser
Que se la pueda vestir.

ELARINO.

Viendo tantos desengaños,
Que acierta entender podrías
Lo que es para muchos años.

Vanse.

Sale el Conde con mucho acompañamiento de alabar-
deros delante y el Relator; siéntase en el estrado alto
y silla; el Relator detrás, en un bufete; da los papeles;
salga con chirimías.

ENRICO.

Llamad, alcalde, á visita,
Si prevenidos están.

RELATOR.

Ya tu piedad solicita
Su culpa, y saliendo van.
Tú, heroico señor, imita
La grandeza gloriosa
De tus pasados. Aquí
Está una mujer hermosa.

ENRICO.

¿Mujer viene?

RELATOR.

Señor, sí.

Sale Fabia.

ENRICO.

¿Mujer la primera cosa?
Leed su causa.

RELATOR.

Está presa

Fabia, que Fabia se llama,
Por sospecha.

ENRICO.

Un poco cesa:

¿Qué es sospecha?

RELATOR.

Voz y fama;

No hay testigos ni confiesa.

ENRICO.

¿De qué es la fama?

RELATOR.

De haber

Muerto á Eraclio, su marido.

ENRICO.

Bien digo yo que ha de ser
Muy pesado y muy temido
Esto de buscar mujer.

¿Qué es el indicio?

RELATOR.

Murió

Con bascas, y amaneció
Casada con un criado
Suyo, Trebacio es llamado,
Que dicen que se ausentó.

ENRICO.

Ya de la fuga el indicio
Es de las leyes muy fuerte.
Rea deste maleficio,

¿Por qué le diste la muerte?
¿Ved qué principio de oficio!

FABIA.

Señor, envidias han sido
Y celos de otra mujer
Por mi segundo marido.

ENRICO.

¿Quieres tu adulterio ver,
Si no probado entendido?

FABIA.

¿Cómo?

ENRICO.

Si no le trataras
Invidia del que murió,
Nunca con él te casaras
Tan presto, ni aun pienso yo
Que á un hombre vil te igualaras.

FABIA.

Antes porque conocía
Su virtud, quise estimar
La mucha que en éste vía,
Y, por más honra, no estar
Sin amparo de hombre un día.

ENRICO.

¿En una noche pensaste
Un casamiento?

FABIA.

Pues ¿no?

ENRICO.

¿Dormiste?

FABIA.

Dormí.

ENRICO.

¿Trazaste

En el tiempo que quedó,
La boda que ejecutaste?

FABIA.

Sí, señor.

ENRICO.

Debió de ser

Una hora el tiempo.

FABIA.

Habrá sido (1)

ENRICO.

¿En una hora una mujer
Decreta y busca marido?

FABIA.

Pues ¿qué ciencia es menester?

ENRICO.

Pues ¿cómo yo no me atrevo,
Y en tantos años no pruebo
Que tú no puedes errar?
Porque si le has de matar,
Siempre hallarás otro nuevo.

FABIA.

¿Yo matarle?

ENRICO.

No buscaras

Tan apriesa otro marido,

(1) Esa habrá sido.

Si al pasado no mataras;
Que ya tenías sabido
Remedio si en éste erraras.

Ahora bien, este es el día
De perdonar lo dudoso;
Vete libre, que á fe mía
Que te castigue tu esposo
Mucho más que yo podía;
Que viendo tu liviandad,
Ó sospechando, ó sabiendo
Que has muerto con tal crueldad
Al otro marido, haciendo
Á un siervo infame amistad,
Él te pondrá de tal suerte,
Que él te dé la muerte allá,
Con que des fin á su suerte,
Ó te traigan presto acá
Porque le has dado la muerte.

Vase Fabia.

Salen Flora y Arnesto.

RELATOR.

Aquí ante ti se presentan
Este hombre y esta mujer.

ENRICO.

¿Qué piden?

RELATOR.

Piedad intentan.

ENRICO.

¿Qué han hecho?

RELATOR.

Aquí puedes ver

Lo que los testigos cuentan:
Flora pide fuerza á Arnesto
Con palabras que la dió.

ENRICO.

Es engaño manifiesto
El decir que la forzó,
Si es que la palabra ha puesto;
Que si la palabra dió,
No la forzó, pues por ella
En la fuerza se rindió,
Que no es forzalla vencella;
Si el (1) interés la venció.

¿Qué dices, Flora?

FLORA.

Que he sido

Ó forzada ú obligada
Con fe de ser mi marido.

ENRICO.

¿Distesela?

ARNESTO.

Está engañada.

FLORA.

Hay testigos.

ENRICO.

Esos pido.

(1) Es.

ARNESTO.

¿Qué testigos? Que es probanza
Hecha entre deudos y amigos.

ENRICO.

De ti tengo confianza.

ARNESTO.

Todos son falsos testigos.

ENRICO.

¿Qué mayor que tu mudanza?

Di, Flora, ¿tan fácil cosa
Es el casar, que aun á gusto
Se tiene por rigurosa,
Que de un hombre, á su disgusto,
Mueres por llamarte esposa?

Loco está el mundo. ¿Qué es esto?
Lo que temo voluntario,
Te piden por fuerza, Arnesto.
¡Oh pincel, que por ser vario
Tal belleza te ha compuesto!
Pero tú, ¿cómo has negado
La palabra que le has dado,
Teniéndola obligación?

ARNESTO.

¿Cuáles tan precisas son
Que obliguen á ser casado?

Y cuando se la tuviera,
¿No era bien se la negara
Y que casarme temiera?
Si Flora en fuerza repara,
Mayor Flora me la hiciera;
Que yo el cuerpo le forcé,
Si es verdad que le ofendí,
Pero más claro se ve
Que el alma me fuerza á mí;
Que desde casado esté
Pido fuerza, que es mayor
Que la del cuerpo, del alma.

ENRICO.

¿Qué bien habla en mi temor!
La vela, esperanza, calma,
Que navegas mar de honor.
Ahora bien, á Flora doy
Mil ducados; vaya Arnesto
Libre.

FLORA.

Á tus pies, Conde, estoy.

ENRICO.

Cásate, Flora, con esto.

FLORA.

Tu esclava y tu hechura soy.

Vase.

ENRICO.

Tú, Arnesto, mira no des
Por gustos de voluntad
Tan soberano interés,
Que igual (1) á la voluntad
Ninguna ociosa lo es.
No puede un frágil contento

(1) Iguala.

Obligarte á casamiento,
Y cuando eso haya de ser,
Cuéstete el hallar mujer
Mil años de pensamiento.

ARNESTO.

Tu consejo, gran señor,
Será de mi vida espejo.

Vase.

ENRICO.

¿Qué pleitos hay, Relator?

RELATOR.

Cosas inútiles dejo
Por no ocupar tu valor.

Evandro, que viene aquí,
Siete veces se ha casado.

Sale Evandro.

ENRICO.

¡Válgame el cielo!

RELATOR.

Es así;

Y la octava le ha acusado.

ENRICO.

¿Otra más?

EVANDRO.

Gran (1) Señor, sí.

ENRICO.

¿De qué le acusa?

RELATOR.

Han reñido

Porque le dijo, no ha un mes
Del desposorio cumplido,
Que duraba mucho.

ENRICO.

Y ¿pues?

RELATOR.

Celia, señor, le ha tenido,
Y piensa que las ha muerto.
Con esto, cierto ó incierto,
Bien probado ó mal probado,
Dicen que á las siete ha dado
Veneno.

ENRICO.

¿Si estoy despierto?

¿Duermo acaso? Ó ¿si es verdad
Que este hombre presente veo?
¡Qué extraña temeridad!

EVANDRO.

Que te espanta, señor, creo
Mi dicha ó mi libertad.

ENRICO.

En tu dicha no me meto,
Que es disposición del hado (2)
Que por el cielo interpreto,
Ni que á las siete hayas dado
Veneno ó muerte en secreto.

Lo que á la razón repuna

(1) Añado el *gran* para completar el verso.
(2) *Que disposición de lado.*

De mis sentidos jüeces,
Es tu animosa fortuna
En casarte siete veces
Y que yo tiemble de una.

¿Hay cosa igual, hay suceso
Más notable? ¡Nuevo Atlante,
Que tienes el mundo en peso,
Cleomedes, Milón gigante,
Ticio en el Cáucaso (1) preso;

Maximino, á quien la fama,
Si se permite el decillo,
De tal estatura llama,
Que le servía de anillo
La manilla de su dama;

Diapeto, que por extremo
De fuerzas el mundo loa (2),
Oridamo, Polifemo,
Hijo de Neptuno y Joa,
Que mató al tostado Remo! (3),

¡Siete veces te has casado;
Siete mujeres vencido;
Siete vidas enterrado;
Siete humores has sufrido;
Siete templos derribado!

La hidra de Hércules tuvo
Siete cabezas; más fuerte
La que tú vences estuvo.
Sansón, de la misma suerte,
Menos la fama entretuvo:

Dos columnas derribó,
Y en fin entre ellas murió;
Tú siete veces después,
Mira si él ni cuantos ves,
Tu fortaleza igualó.

La admiración que me has dado
Me hace dejar esta audiencia,
Y el ver que por darme enfado,
Cuanto viene á mi presencia
Es casarse. ¿Yo casado?

Bajando.

Mando que luego un pintor
Por monstruo te me retrate,
Y ponga en el corredor
Entre Thonse y Efiarte,
Porfiris y Adamastor.

Voyme á caza; vos mañana
Á estas horas acudid,
Si hubiere vuelto. ¡Oh liviana,
Condición cuanto es en mí
De recatada inhumana!

Á los ladrones pareces
Que toda la vida hurtando (4)
Nunca vieron los jüeces,

(1) *Casto.*

(2) *De fuerzas que el mundo.*

(3) Falta el sentido en este y en otros varios pasajes
de la presente comedia, que fué impresa del modo más
detestable.

(4) *Vitando.*

Y otros, luego en comenzando.....

Jesús, Jesús, siete veces!

EVANDRO.

¿Librasme al fin?

ENRICO.

Y quisiera

Hacerte un mármol, á efeto

De que tu nombre viviera.

No eres, Evandro, discreto,

Que bastaba la primera.

Tocan, y vanse todos.

Salen Laurencia y Fenisa, villanas, con dos cántaros.

FENISA.

¡Dichosa tú!

LAURENCIA.

Yo, ¿por qué?

FENISA.

Por eso que me has contado:

Tu descuido y mi cuidado,

Tu libertad y mi fe,

Mi cárcel y tu albedrío,

Mi blandura y tu desdén,

Son como el mal con el bien,

Ó como el calor y el frío.

¡Ay, Laurencia!

LAURENCIA.

Yo sospecho

Destas quejas cierta cosa.

¿Vives acaso celosa?

FENISA.

Todo se me abrasa el pecho.

LAURENCIA.

Lástima te tengo, y más

Cuando imaginé que á mí,

Que nunca amor conocí,

Del tuyo cuenta me das.

Tratar con un estudiante

Ó soldado el que es villano,

Al noble, al enfermo, al sano,

El docto y el ignorante,

En el plebeyo el señor,

Es lo mismo que tratar

El que nunca supo amar

Ni supo tener amor.

Mas con todo, puede ser

Que pueda el entendimiento

Discurrir, Fenisa, á tiento

En materia de querer.

Amor oigo yo decir,

Aunque villana, que tiene

Su teórica, en que viene

El ingenio á discurrir.

Y aunque á práctica de manos

No haya llegado con él,

Sabré por discurso en él

Algunos principios llanos.

Amor será algún deseo

De gozar la cosa amada,

Que vista y tratada, agrada,

Como yo te trato y veo.

Amor, entre mil efetos,

Por hijo tendrá el temor;

El temor, hijo de amor,

Le dará celos por nietos.

Ansí, que tú amando estás,

De quien amas temerosa,

Y deste temor celosa,

Tienes otra cosa más.

FENISA.

¡Ay, Laurencia, que no en vano

Toda esta rústica tierra,

Hasta aquella blanca sierra

Desde aqueste verde llano,

Te tiene, adora y estima

Por única entre pastores!

¿Quién, si no tú, sin amores,

Dijera de amor la enima?

Alaban tu entendimiento

Al igual de tu hermosura;

Déte el cielo la ventura

Igual al merecimiento.

Eso es amor y es temor,

Y son los celos también,

Pero no sabes de quién.

LAURENCIA.

El dueño sé de tu amor,

Pero ignoro el de tus celos.

FENISA.

Llega, Laurencia, á la fuente.

LAURENCIA.

¿Está acaso en su corriente?

¿Causate acaso desvelos?

¿Es ninfa que vive aquí?

FENISA.

Mira el agua.

LAURENCIA.

Ya en la risa

Pongo la vista, Fenisa.

FENISA.

¿No ves nada?

LAURENCIA.

Sola á mí.

FENISA.

Pues ésta debe de ser

La que me tiene celosa.

LAURENCIA.

¿Yo?

FENISA.

Tú, pues.

LAURENCIA.

¡Notable cosa!

¿Desde cuándo?

FENISA.

Desde ayer,

Que vi claramente ¡ay Dios!

Que te miró.....

LAURENCIA.

¿Á mí, Fenisa?

FENISA.

Mi Danteo, que en la risa

Os encontrastes los dos.
 LAURENCIA.
 Bien has dicho que son celos;
 Que celos es sospechar
 Que lo amado puede amar.
 ¡Mi vida acaben los cielos
 Si en tu agravio soy culpada!

FENISA.
 Bien segura estoy de ti;
 Pero ¿qué me importa á mí,
 Si mereces ser amada?
 Quisiera, aunque injusta cosa.....

LAURENCIA.
 Di qué haré por ti.

FENISA.
 No sé
 Cómo lo diga.

LAURENCIA.
 Sí haré.

FENISA.
 Que dejes de ser hermosa.

LAURENCIA.
 Deja esas vanas quimeras;
 Que celos son ilusiones;
 Amor, imaginaciones
 Que mezclan burlas y veras.
 Está segura de mí
 Que en mi vida quise bien,
 Porque un natural desdén
 Se lo manda al gusto ansí.
 De las fieras y los hombres
 No pasa mi distinción
 Más de que tienen razón,
 Y los trato por los nombres.

FENISA.
 Pastores vienen.

Salen Danteo, Lucindo y Belardo.

LAURENCIA.
 Detrás
 Deste aliso estar podremos.

DANTEO.
 Júez digo que busquemos
 Y no se contienda más.

LUCINDO.
 Ya pensarás que has vencido.

BELARDO.
 Pues ¿yo no tengo razón?

DANTEO.
 ¿No hay quien juzgue esta razón?
 Montes, una ninfa os pido.

BELARDO.
 Los montes oyen, ¡por Dios!

LUCINDO.
 ¡Cómo!

BELARDO.
 Una ninfa pedís,
 Y apenas se lo decís,
 Cuando se os ofrecen dos.

DANTEO.
 ¡Oh flor de la nuestra villa,

Y deste monte laurel,
 Rosa, azucena, clavel,
 Jazmín, lirio y clavellinal (1).
 ¡Oh Laurencia, que es lo más
 Que un rústico decir puede!
 ¡Oh Fenisa!

FENISA.

Allí se quede,
 Que no hay más.

LAURENCIA.

¡Qué necia estás!

BELARDO.

Dejad encarecimientos,
 Y dejasos desa cuestión:
 Aquella que en discreción
 Admira los pensamientos,
 Que de la esfinge (2) de Tebas
 Puede descifrar la enima.

LUCINDO.

Gloria, honor, blasón, estima,
 Flechas de amor, armas nuevas:
 Laurencia, hermoso retrato
 Del cielo, nuestra cuestión
 Juzgue aquí tu discreción,
 Y estános atenta un rato.

LAURENCIA.

¿Qué habéis apostado?

DANTEO.

Yo

Un vaso de enebro, en quien
 Venus y un fauno se vén
 Que cien doblones le dió,
 Y en el asa el niño Amor
 Llorando que hombre tan feo
 Goce su madre, aunque creo
 Que es la hermosura y amor.

LUCINDO.

Yo he puesto doce cucharas,
 Que en las palas, si las vieses,
 Nunca mejor de los meses
 Pintadas viste las caras;
 En los cabos, en mil huecos,
 Parte que en efeto es
 Lo sutil, de cada mes
 Las frutas verdes y secas.

BELARDO.

Yo apuesto un cayado liso,
 En cuyo extremo retrato
 La cara á los cielos; trato
 En cuanto á mí.

LAURENCIA.

¡Buen Narciso!

Dime, Belardo, ¡por Dios!
 Cómo la has retratado,
 Que ya me has puesto en cuidado.

BELARDO.

Estadme atentos los dos:
 Pinté una cara muy flaca,

(1) Falta la rima.

(2) Finge.

Llena de capote y ceño;
Que como el laurel es leño,
Fuego de la vista saca;
En unas cejas cubiertas,
Cien ojos ciegos.....

LAURENCIA.

¡Qué sabio! (1).

BELARDO.

La boca mordiendo el labio,
Y las orejas cubiertas;
Y á fe que lo he de decir:
En la frente, en vez de ramos,
Dos puntas como los gamos
Cuando empiezan á salir.

LAURENCIA.

¿Hay tan notable pintura?

FENISA.

Mucho me retrata á mí.

LAURENCIA.

¿Qué es la cuestión?

DANTEO.

Oye.

LAURENCIA.

Di.

DANTEO.

Toda es celos.

LAURENCIA.

¡Qué locura!

DANTEO.

Yo digo que es mayor mal
La sospecha que el suceso.

Sueno dentro ruido de caza.

ENRICO.

Allá atraviesa á lo espeso
Y descende al arenal:
Pase el arroyo la gente.

DANTEO.

Éstos cazadores son;
Mas qué, ¿cena la cuestión?

Entra el Conde.

ENRICO.

Dios guarde la buena gente.
¿Es muy profundo ese río?

LAURENCIA.

Muy bien se puede pasar.
Aunque lo veis murmurar,
No tiene más de aquel brío.

ENRICO.

¡Por mi vida, que es el vuestro
Más peligroso y profundo!
Ved las usanzas del mundo.

LAURENCIA.

¡Bien haya el rústico nuestro!
¿Ya querrá vuesa merced
Entretener el calor?

ENRICO.

Mostráis natural valor,

Y haréisme en eso merced;
Que vengo ¡por Dios! cansado.

LAURENCIA.

Asentaos en esa peña,
Que todo lo bueno enseña
De aquel monte y dese prado;
Pero como allá estaréis
Enseñado, en vez de suelo,
A sillas de terciopelo,
(Que hombre noble parecéis),
No os sabréis acomodar.

ENRICO.

Contadme ya por sentado,
Que aunque noble me he criado,
No hay aquí mejor lugar;
Y allá como allá, y aquí
Como aquí.

FENISA.

¡Qué hombre tan llano!

LAURENCIA.

Bien parecéis cortesano:
¿Allá son todos así?
Decidnos, por vida mía,
Qué pasa en esa ciudad,
Ó cómo va la verdad,
Qué siente la cortesía,
Qué dicen los agraviados,
Cómo viven los quejosos,
En qué entienden los ociosos,
Qué hay de los pobres honrados.
¿Es el Conde buen señor?
¿No se casa? ¿En qué se emplea?

ENRICO.

Este es ingenio de aldea:
Este es justo labrador.
¡Por Dios, hermosa aldeana!
Tantas cosas preguntáis,
Que apostaré que os quedáis
Sin respuesta hasta mañana;
Y mañana hasta otro día.
Sólo del Conde os diré,
Porque le sirvo.

LAURENCIA.

A la fe,

Que lo tengo á cortesía.

ENRICO.

El Conde gobierna y mira
El provecho de su estado:
Premia á la virtud.

LAURENCIA.

¡Qué honrado!

¿Y castiga á la mentira?

ENRICO.

Caza cuando se divierte
De los negocios de corte:
Veis aquí nuevas sin porte.

LAURENCIA.

¿Estará aquí desa suerte?

ENRICO.

Aquí encima le dejé

(1) ¿Qué sabio?

Destos cerros.

LAURENCIA.
¿Es galán?

ENRICO.
¿Qué os va en eso?

LAURENCIA.
Aquí le dan

Mil alabanzas.

ENRICO.
¿Por qué?

LAURENCIA.
Por el gobierno y virtud
Que muestra. Pero es culpado.

ENRICO.

¿En qué?

LAURENCIA.

En no haberse casado,
Teniendo edad y salud.

ENRICO.

Teme.

LAURENCIA.

¿El Conde teme?

ENRICO.

Errar;

No hallar conforme mujer.

LAURENCIA.

Muy bien hace de temer,
Que es fuerte cosa el casar;

Pero si estuviera aquí,
Quizá le diera un consejo.

ENRICO.

Bien cerca de aquí le dejo;

Mas dádmele vos á mí,

Y daréselo yo á él.

LAURENCIA.

Oid: cuanto á lo primero,

Es cristiano y caballero;

Todos lo sabemos dél.

Encomiende el caso á Dios,
Que es de quien todo procede.

¿Quién sin él acertar puede?

ENRICO.

Nadie.

LAURENCIA.

Oid.

ENRICO.

Proseguid vos.

LAURENCIA.

Luego pregunte á la fama

De la virtud y valor,

Recato, honesto temor,

Y sangre de alguna dama,

Aunque, si digo verdad,

De la sangre no pregunte,

Porque basta que la junte

Á su ilustre calidad.

Procure tras esto vella,

Y no se case sin ver,

Pues verá, en ver su mujer,

Si puede vivir con ella.

Si aquestas partes no tiene,

Y si éstas se previene,

Verá que nada le falta

..... (1).

Con esto podrá casarse

Y dejar vanos recelos.

ENRICO.

No han hecho mujer los cielos

Que á ésta pueda igualarse.

¿Hay cosa igual? ¿Hay valor

Como éste? ¿Hay ingenio, hay talle?

¿Que esto nace en vuestro valle,

Montañas de Mirafiori!

¡Extraña cosal No he visto

Quién así me haya mudado;

Creo que el cielo me ha dado

Lo que imposible conquisto.

Si aquí milagrosamente

Me trujo, ¿qué estoy dudando?

LAURENCIA.

¿Qué piensas?

ENRICO.

Estoy pensando

Vuestro consejo prudente.

Al Conde pienso decir

Que en su pleito de casado

He hallado un gran letrado,

Y que os venga á ver y oír.

¿Cómo os llamáis?

LAURENCIA.

Yo, Laurencia.

ENRICO.

¿Tenéis padre? (2).

LAURENCIA.

Allí enfrente podéis ver

Su antigua presencia (3);

Está caduco el buen hombre.

ENRICO.

¿Qué nombre?

LAURENCIA.

Lauro es su nombre (4).

¿No veis aquella cabaña

Pajiza, aquella casilla

Que parece que se humilla

Al centro de esta montaña?

Pues en aquélla vivimos.

ENRICO.

¿Y allí se aprende el consejo

Que me dais?

LAURENCIA.

Es aquel viejo

La escuela; en él aprendimos.

(1) Falta el primer verso en esta redondilla. En la primera edición se repite malamente:

Si aquestas parte no tiene.

(2) Verso incompleto.

(3) No es verso. Lo sería leyendo *venerable* en vez de *antigua*.

(4) Faltan á esta redondilla el primero y el cuarto verso.

ENRICO.

Allá voy á descansar
Y á verme un rato con él.

LAURENCIA.

Holgaréis de ver en él
Un nuevo modo de hablar

ENRICO.

Por la que en vos engendró,
Echo yo de ver cuál sea.

LAURENCIA.

Pero, en fin, todo es aldea.

ENRICO.

Allá voy.

LAURENCIA.

Luego iré yo,
Por si os quedáis á comer,
Serviros y regalaros.

ENRICO.

¡Declaradme, cielos claros,
Si ésta ha de ser mi mujer,
Que si es mi constelación,
Que la venga hallar aquí!
Quedóse igual para mí (1).
¡Qué hermosura y discreción!

Vase el Conde.

FENISA.

¡Qué palaciega has andado!

DANTEO.

Admirado le has tenido.

LUCINDO.

El hombre va sin sentido.

BELARDO.

Y de escucharte, elevado.

DANTEO.

Dalos á Dios, que es cansada
Gente.

LAURENCIA.

Éste ha sido cortés.
Volved á decir los tres
La contienda comenzada.

DANTEO.

Digo que yo temo más
Los celos que no al suceso.

LAURENCIA.

No entiendo la razón deso.

DANTEO.

Ahora lo entenderás:
Los celos me traen sin mí,
Sin dormir y sin comer,
Mientras no puedo saber
La ofensa. ¿No es esto ansí?

LAURENCIA.

Es verdad.

DANTEO.

Este (2) suceso

(1) Acaso escribiría el poeta:

¡Que no sea igual á mí!

(2) *El suceso.*

Me hiela la voluntad;
Que en sabiendo la verdad,
Pierdo el gusto y cobro el seso.

LUCINDO.

Yo digo que de los celos,
Más siento, y es más dolor,
La envidia al competidor
Que han dado este bien los cielos,
Cualquiera gracia que tiene,
Cualquiera cosa que hace.

LAURENCIA.

Eso, de los celos nace
Y de sus sospechas viene;
Que lo que celos ha dado,
Parece galán hermoso,
Que es inferior el celoso
Al amado imaginado.
Tú, Belardo.

BELARDO.

Yo, Laurencia,

Digo que es mayor dolor
Un desengaño de amor
Cuando viene con violencia;
Que si yo gusto tenía,
Más quiero estar engañado,
Que perder el bien forzado
Del desengaño de un día.

LAURENCIA.

Luego ¿tú engañado amarás?

BELARDO.

Sí, por no perder el bien.

LAURENCIA.

Necio estás.

BELARDO.

Soylo.

LAURENCIA.

Si en quien

Hace ofensa no reparas,
¿Qué es amor?

BELARDO.

Querer mi gusto.

LAURENCIA.

¿Cómo?

BELARDO.

Si no se va, ofensa
Paso con gusto; mas piensa
Del desengaño el disgusto,
Que ésta la vencia el saber
Que una mujer me ha ofendido;
Que pierdo el alma, el sentido,
La vida, el gusto y el ser,
Y ansí huelgo de mi daño.

LAURENCIA.

Ahora bien, el que me diga
Esta enigma, habrá vencido
La apuesta.

DANTEO.

Di.

LAURENCIA.

Dadme oído:

Tú en tanto, Fenisa amiga,

Mira si quieres volver,
Porque yo me quiero ir.

FENISA.

Luego en oyendo decir
La enigma.

BELARDO.

¡Extraña mujer!

LAURENCIA.

¿Quién son los tres que aun no son,
Y tan extraños los tres,
Que los dos andan sin pies,
Y el otro con la razón?

Uno es ciego y otro tuerto,
Y otro es un lince en la vista,
En cuya luz y conquista
Dejan un pájaro muerto.

BELARDO.

¿Qué dices?

LAURENCIA.

Lo que has oído.

Vamos, y vedme mañana.

Vanse las dos.

LUCINDO.

Yo lo entiendo.

DANTEO.

Cosa es llana.

BELARDO.

¿Llana? Yo pierdo el sentido.

DANTEO.

Vanse los tres á estudiar.

Vanse todos.

Salen Lauro, padre de Laurencia, viejo, y el Conde.

BELARDO.

Mas ¿si fuésemos los tres?

DANTEO.

Pues el pájaro, ¿quién es? (1).

LAURO.

Miradlo con más seso, caballero,
Que á los mozos engaña la hermosura.

ENRICO.

Padre, á Laurencia por esposa quiero:
Mirad que ella merece igual ventura.

LAURO.

¿Quién sois, señor?

ENRICO.

El conde soy Enrico,

Que bajando del monte á la verdura
De aquel valle, subí junto á una fuente,
Dando flores sus pies á su corriente.

Hablé con ella y confirmó el efeto
De su hermosura aquel ingenio raro.
Hace de su valor alto conceto,
Que aun estos pensamientos os declaro,
Porque pensar gozarla con secreto,
Ni ella es tan vil, ni vos sois tan avaro.
Vila imposible, y dije al pensamiento:

(1) Falta un verso.

El fin es de este amor el casamiento.

LAURO.

No lo dudéis: por cuanto cubre el cielo
Del un límite al otro de la tierra,
No vendiera mi honor.

ENRICO.

Conozco el celo

Que la nobleza de tu pecho encierra.

LAURO.

¿Igualaré el sayal al terciopelo?
¿La paz del campo en la continua guerra
De la ciudad? ¿Qué es esto en que me veo?

ENRICO.

Padre, vuestra ventura y mi deseo.

Yo hallé mujer aquí, siendo yo un hombre
Que lo he temido (1) en cortes y ciudades:
Si el cielo á ésta me aspira no os asombre.

LAURO.

Señor, quieroos decir claras verdades:
Yo tengo esta casilla, si ese nombre
Merece; unas pobres heredades,
Una viñuela que esos guindos cercan,
Tal, que algunos vecinos me la mercan;
Tengo menos ó más de veinte cabras,
Dos bueyes; flacos son, mas sirven juntos.

ENRICO.

Padre, no quiero que los labios abras,
Ni interés con amor se ponga en puntos.
Hacienda dejo; estimo las palabras.

LAURO.

Estos años, que están casi difuntos,
Presto os darán, señor, la pobre herencia (2).
Riqueza os doy; riqueza es mi Laurencia,

No porque es hija mía; mas os juro
Que no de su virtud en cuanto baña
El sol del Norte claro al Sur obscuro,
Aunque nacida en rústica montaña.

ENRICO.

Padre y señor, el dote que procuro,
Sólo es virtud; gran dote le acompaña.
Yo tengo para mí y entrambos juntos:
He de llevar..... (3).

LAURO.

Aquí la muerte espero (4),

Y desde agora quiero que no sea
El concierto ninguno.

ENRICO.

Padre amado,

Si no queréis salir de vuestra aldea,
Aquí seréis de mí, cierto, estimado.

LAURO.

Como en el campo amanecer no vea,
Y el círculo del alba plateado
Dividir estas nubes y estos montes,
Volviendo el sol extraños horizontes;
Como no vea el Carro y la Bocina,

(1) Tenido.

(2) Hacienda.

(3) Llevaré conmigo.

(4) Falta la rima.

Unas en guija y otras en encina,
En canto igual con voces diferentes;
Como entre mis corrales la gallina
No me despierte, y con alzadas frentes
Balar corderos y cantar los gallos,
Como el señor el relinchar caballos,
Contadme por difunto.

ENRICO.

Padre mío,
Digo que aquí os quedéis.

LAURO.

Laurencia viene.

Salen Laurencia y Fenisa.

LAURENCIA.

Galán huésped tenemos!

PADRE.

Hija mía,

Oye aquí dos palabras.

LAURENCIA.

Ya os entiendo:

Queréis que mate algún pichón casero,
Algún pollo ó gallina, por ventura;
Ya sé la condición de vuestro pecho.

PADRE.

Escucha, hija.

ENRICO.

Padre mío,

Excusad de las pláticas de padre,
Aunque sois tan discreto, cuerdo y noble;
Y vos, señora, no entendáis que vengo
Con hambre de comer; que la que traigo
Es de hallar la virtud y entendimiento
Que en vos ha puesto el cielo, que me manda
Que os pida por mujer.

PADRE.

¿Qué te suspendes?

Ansí vienen las cosas ordenadas
Del hado y la fortuna, así se meten
Por los umbrales de las mismas casas.
Yo he dado la palabra á un caballero
Que dice que te quiere por esposa;
Su persona conforma lo que dice.
Laurencia, no te turbes.

LAURENCIA.

Padre mío,

¿Cómo os habéis cegado desafortunada,
Pues á un hombre, y en traje cortesano,
Que no visteis jamás, dais vuestra hija,
Criada tan sin madre, que sospecho
Que podrían decir que es vuestro parto?
¿Qué es esto, Lauro?

LAURO.

A mi casilla vino,

Adonde estaba yo como Diógenes,
Y él me quitaba el sol como Alejandro,
Y con tales palabras me ha cegado,
Que en fin, puede cegar la cortesía,
Que le he dado palabra; mas no importa,
Que sin tu voluntad no habrá palabra,

Que son (1) como los niños.

Entran Belardo, Danteo y Tibaldo, cazadores.

BELARDO.

Aquí dijo

Que venía ese noble caballero.

LUCINDO.

¿Ése es el que buscáis?

TIBALDO.

Éste es, el mismo.

Conde y señor, ¿qué es esto?

PADRE.

Éste es el Conde.

TIBALDO.

¿Dónde, señor, estabas, que perdidos
Íbamos recorriendo (2) humildes valles,
Y trepando también soberbios montes?

PADRE.

Señor, dadme esos pies y perdonadme.

ENRICO.

Alzad del suelo, noble suegro mío.

LAURENCIA.

Señor, á mi ignorancia poned culpa.

ENRICO.

Querida mujer mía, alzaos del suelo.

DANTEO.

¡Mujer dijo!

TIBALDO.

¡Mujer, mujer! ¿Qué es esto?

ENRICO.

Mujer, Tibaldo; así lo quiere el cielo.
Besalde los pies todos (3).

TIBALDO.

Señor, ¿quien puede replicar? Tú eres
Nuestro dueño legítimo; tu gusto
Debe estimar cualquier vasallo tuyo,
Demás que la virtud y hermosura
De esta señora muestra bien los méritos,
Y el haberla escogido tus oídos
Basta en satisfacción de nuestros ojos.
Dadnos los pies á todos.

BELARDO.

¿Hay tal cosa?

ENRICO.

Todos la llamen, desde hoy más, Condesa.

FENISA.

Démos los pies Vuestra Excelencia á todos.

LAURENCIA.

Fenisa, yo no sé qué responderte,
Sino es que aquí se burla la fortuna:
Yo seré ejemplo de una dicha extraña.

ENRICO.

Dadme esa mano y comeremos juntos,
Y tú parte, Tibaldo, y traigan luego
Una carroza en que mi esposa vaya.
Padre, dadme también la mano, y vamos.

(1) Es.

(2) Haciendo.

(3) Verso incompleto.

PADRE.

Yo soy hechura vuestra.

Éntranse el Conde y Laurencia, su padre y Fenisa,
Tibaldo y cazadores.

BELARDO.

¿Qué os parece?

Ya queda bautizada de Condesa.

DANTEO.

¡Perdiendo quedo el seso!

LUCINDO.

Si creyera

Que en el reloj del cielo soberano
Había desconcierto, éste lo fuera.

BELARDO.

Fenisa va también.

LUCINDO.

Lleva la falda.

BELARDO.

Dama será también de la Condesa.
Casi entiendo la enigma.

DANTEO.

¿De qué suerte?

BELARDO.

Los tres son estos tres; el que está ciego
Es el Conde, que amor tanto ha cegado;
El tuerto es ese viejo casi ciego,
Y el que mira es Laurencia, que así mira
Tantos estados desde aquesta choza;
Los dos andan sin pies, pues no tenían
Pies para su ventura, si la misma
No viniera á buscarlos á su casa;
El que anda con razón es don Enrique,
Que ha visto la virtud desta doncella,
Que es la razón más justa de adoralla.

LUCINDO.

¿Y el pájaro?

BELARDO.

Danteo, que ha quedado
Muerto del cazador.

DANTEO.

Sin duda es eso.

LUCINDO.

Yo voy á verlo.

BELARDO.

Y yo.

DANTEO.

¡Yo pierdo el seso!

ACTO SEGUNDO

Salen Tibaldo y Danteo (1).

TIBALDO.

Esté todo prevenido,
Ni haya descuido ni olvido.
¿No traen el vestido ya?

BELARDO.

Aquí el camarero está.

DANTEO.

Pidiendo viene el vestido.

Ausentéme por no ver
Las bodas de mi Laurencia,
Y vengo, Belardo, á ver
La prueba de la paciencia
Mayor que pudo tener.

BELARDO.

¿Para qué me traes acá,
Tras dos años que han pasado
Divertido y cuerdo ya?
Muerto imaginé el cuidado,
Que vivo en el alma está.

TIBALDO.

Esté todo á punto, pues.

Salen dos criados con unas ropas de seda
en unas fuentes.

CRIADO 1.º

Aquí traigo los vestidos.

TIBALDO.

¡Qué pesado sois de pies!

DANTEO.

¡Cómo quieren ser servidos!

BELARDO.

Son señores, ya lo ves.

TIBALDO.

Entrad, que ya el Conde aguarda.

CRIADO 2.º

No he podido más, ¡por Dios!

Vanse Tibaldo y criados.

DANTEO.

¿Qué es esto?

BELARDO.

Alguna gallarda
Gala que acuerdan los dos,
Y éste á quien la pide tarda.

DANTEO.

Mal en palacio me hallara.
¡Jesús, mis campos adoro!

BELARDO.

En la fortuna repara,
Que mide las telas de oro
Y el sayal con una vara.
¿Quién á Laurencia dijera
Que en tal riqueza se viera?

DANTEO.

Harto caro me ha costado:
Dos años ausente he estado
De mi cabaña y ribera;
Fuíme luego que la vi
Ir á la corte, Belardo,
Mas pues ya he llegado aquí,
Á que me refiera aguardo.

BELARDO.

Oye.

DANTEO.

Di (1).

BELARDO.

Acabando de comer
En una pobre cabaña
Laurencia y el conde Enrico,
Sangre ilustre de Moncada,
Y Lauro, su padre, viejo,
Sobre unas mal juntas tablas
En que se veía más dellas
Que de las limpias toallas,
Vino una verde carroza
Cubierta de seda y plata,
Que tiraban seis caballos
Más blancos que los del alba.
Llegó á aquel prado, que entonces
Parece que se espantaba

(1) Falta Belardo.

(1) Verso incompleto.

De ver carroza de seda
 Donde vió carros de plata,
 Y saliendo el conde Enrico
 Con la señora ó serrana
 De Ruysellón y estos montes
 Asida la mano blanca,
 Vió que el viejo detrás dél,
 Arrimándose á una caña,
 Venía diciendo: «Espera,
 Conde mi señor, aguarda;
 Desaja joya que me llevas,
 Aunque en sayal engastada,
 Mira el alma, por quien sube
 Adonde tú la levantas;
 No mires su rustiqueza,
 Que aunque es de barro la casa,
 El alma es toda de perlas;
 Engasta en perlas el alma».
 «Yo os prometo, respondía
 El Conde, de regalalla
 Como á prenda que los cielos
 Me han dado, por ser tan alta;
 Y ¡ojalá que yo pudiera
 Hacerla Reina de España
 Como en Ruysellón Condesa!»
 Y entonces volvió á abrazarla.
 Estaba abierto el estribo,
 Y de rodillas estaban
 Caballeros, gentilhombres
 Y alabarderos de guarda.
 Entra Laurencia en el coche,
 Sobre un sayuelo de grana
 Esparcida la madeja
 Por los hombros y la espalda;
 Que no pudiendo los hombros
 Sustentar belleza tanta,
 Pidieron favor y ayuda
 Y repartieron su Arabia.
 Partió la carroza á vista
 Del viejo y de las zagalas,
 De los pastores, del río,
 Puentes, olmos y cabañas.
 Lloraban todos, y todas
 Decían: «Laurencia falta;
 Ya no veremos Abril,
 Favonio, Céfito y Alba;
 Ya no esperen fértil año
 Los campos y vegas llanas,
 Sino en vez de verdes trigos,
 Amapolas y gamarzas.»
 Hasta aquella misma noche
 Se vieron en partes varias
 Aullar lobos, ladrar perros,
 Gemir novillos y vacas.
 Llegó á la corte, y salieron
 Muchas damas cortesananas,
 Mirando vuelta en Condesa
 La que guardó veinte cabras.
 Quitáronla luego el traje;
 Trujeron sayas bordadas
 En vez del tosco sayuelo

Y de las groseras mangas;
 Pusiéronla mil cadenas
 En vez de patena y sartas,
 Y celébranse las bodas
 Con fiestas de tres semanas,
 Y éstas pasadas, Danteo,
 Laurencia se halla preñada
 De una niña, que á su tiempo
 Salió como flor de zarza.
 Ha sido tan buena á todos,
 Ha sido á todos tan grata,
 Que la adoran, y bendicen
 Al Conde que blasfemaban,
 Y más agora, que ha dado
 Un niño que no le igualan
 Adonis ni el mismo Amor
 (Perdone Apolo y Diana)
 Cuyo bautismo, que es hoy,
 La ciudad tiene alterada;
 Mas ya la música suena
 Y vuelven de dar el agua.

Suenan chirimías; sale acompañamiento de bautismo;
 Fenisa, de dama, lleva el niño; Floriano, Marqués,
 padrino: vayan pasando por su orden.

FENISA.

Llegad más cerca; que está
 Mi señora la Condesa
 Á la ventana.

Laurencia á la ventana.

FLORIANO.

¡Oh! Pues ¿ya
 Se ha levantado?

FENISA.

Harto pesa
 Al Conde.

DANTEO.

Envidia me da.

BELARDO.

No estés, Danteo, envidioso:
 Si la amaste, ama su bien.

DANTEO.

De mi suerte estoy quejoso.

BELARDO.

Allí unos vidrios se ven,
 Y en ellos un sol hermoso;
 Mas si fuese la parida.....

DANTEO.

¡Ay, Belardo! Si ella es,
 Muerte ha de ser mi venida.

BELARDO.

Besarle quiero los pies.

DANTEO.

Yo ofrecerle estotra vida.

BELARDO.

Mas no sé cómo me atreva,
 Aunque alaban su humildad,
 Porque el ver que no la mueva
 Á hinchazón la majestad,

Se tiene por cosa nueva.

Señora que un tiempo fuiste
De nuestras pobres cabañas,
Cuando tanto enriqueciste
De gloria aquellas montañas,
Como el sol de luz las viste,

Pues dicen que tu trofeo
Es la humildad, en que veo
Tu entendimiento gallardo,
Vuelve la vista á Belardo
Y la memoria á Danteo;

Baja tus ojos al suelo,
Del cielo de tu valor,
Donde á esa vida el cielo,
Lleno de piadoso amor,
Dé la virtud de tu ceño;

Que no quedará manchado
Tu sol por tocarle el lodo
A este sayal.

DANTEO.

Si ha quedado
En quien ha quedado todo
Lo que es humilde traslado,
Mire en ella los que allí
Vió con tanto amor y fe,
Y entre muchos mire en mí (1)
Y esto que decir no sé.

Si tiene, de verse ausente,
Montes, árboles y fuentes
Quejosos, ¿qué haré yo, triste,
Con alma, y alma que asiste
A tantas penas presente?

No porque del bien me pesa
Que le han dado tan apriesa,
Mas porque la suba el hado,
Para ser yo desdichado,
Desde pastora á Condesa.

¿Hay tal juego de fortuna?
¿Hay tal perder y ganar?

LAURENCIA.

Aquí, como allá, soy una:
Pastora de aquel lugar

Que fué mi primera cuna,
Dios sabe cuánta alegría

Recibo en veros, pues vi
Con veros la imagen mía.

Eso mismo soy aquí
Que en la montaña solía:

No muda el alma el lugar,
Si el traje puede mudar;

Que antes la humildad creció,
Que allá fué porque nació,

Y aquí porque ha de cesar.

Pero no lo quiera Dios:

Entrad á verme en palacio,
Entrad, y habladme los dos.

DANTEO.

¿Cuándo habrá, señora, espacio
De poder hablar con vos?

LAURENCIA.

En cesando aquesta fiesta;
Y porque el Conde me aguarda,
Adiós.

Éntrase.

BELARDO.

¡Qué humilde y qué honesta!

DANTEO.

¡Qué señora y qué gallarda!

BELARDO.

¡Qué alegre y cortés respuesta!

DANTEO.

Contento de verla voy;
Vengado voy de su ausencia;
Yo vuelvo á los montes hoy,
Y de que vi su presencia
Pido albricias, nuevas doy.

BELARDO.

Vamos, que mueren de ausentes,
Y pienso que las dará
Cualquiera á quien se lo cuentes:
Los árboles su maná,
Y sus cristales las fuentes.

Vanse.

Salen el Conde y Tibaldo.

TIBALDO.

Extrañas cosas me cuentas.

ENRICO.

No te parezcan extrañas,
Tibaldo, pues me acompañas
Y pues que servirte intentas.

He visto tanta humildad
En Laurencia, que he querido
Certificar si es fingido
A mi propia voluntad.

Yo me he puesto en entender
(Perdónenme si es error)
A qué llegará el valor
De la más cuerda mujer.

Porque si ésta, que es discreta,
Llega á lo que yo he pensado,
Verá este siglo engañado
Que hay una mujer perfeta.

TIBALDO.

Luego también la querrás
En cuanto es honesta (1).

ENRICO.

No merecieras respuesta;
Oye y no lo digas más:

Nunca un hombre ha de probar
La espada ni la mujer,
Porque ésta puedes torcer
Y aquélla puedes quebrar.

Es quien proballas celebra,
Como quien vidrio ha probado
Para ver si está cascado,
Que cuando lo prueban quiebra.

(1) Falta un verso.

(1) Verso incompleto.

En lo que yo te avisé
La quiero probar no más.

TIBALDO.

No lo intentaré jamás,
Y te confieso que haré.....

ENRICO.

Pues háblala, y lo que digo
Pondrás en ejecución.

Vase el Conde.

TIBALDO.

Extrañas quimeras son;

..... (1).

No le puedo replicar,
Aunque ¡por Dios, que me pesa!
Aquí viene la Condesa:
¿Si podré acertarla á hablar?

Sale la condesa Laurencia.

LAURENCIA.

Soberbios edificios, torres bellas,
Dorados paramentos y techumbres,
Cuyas piramidales pesadumbres
Quieren servir de basa á las estrellas.
Vosotros que (2) las sierras, porque en ellas
Nací tenéis en poco, y de las cumbres
Que ven primero las celestes lumbres,
Altivos murmuráis tan lejos dellas:
Palacios ricos, ¿dónde está el contento?
¿Está en vuestros tesoros y riquezas,
Ó en la seguridad del pensamiento?
¡Oh, cuán seguro estado es la pobreza,
Pues no puede temer que humille el viento
Su miserable estado á más bajeza!

TIBALDO.

Bien creo que en mi color
Y en el hablarte turbado
Conocerás mi cuidado,
Indicios de mi dolor.

Quisiera no haber nacido
Por no darte aquesta nueva,
Del valor última prueba
Que has con el Conde tenido,
Del cual estás satisfecha,
Que ha merecido llegar
Á enternecerme y quitar
De tu opinión la sospecha.
Yo vengo, en fin, de su parte.

LAURENCIA.

Si de su parte venías,
Tibaldo, ¿por qué temías?

TIBALDO.

Por no ofenderte.

LAURENCIA.

Es culparte
Que no me puede venir
De parte del Conde cosa
Que no la escuche gozosa:

(1) Falta un verso.

(2) En las sierras.

Bien me la puedes decir.

¿Qué dudas? ¿De qué enmudeces,
Que vas á hablar y te paras?
Si es del Conde, ¿en qué reparas?

TIBALDO.

Diamante en valor pareces:

No sé yo cómo decir
Lo que el Conde me ha mandado,
Y ya tú el modo has hallado
Con que lo puedes sufrir.

LAURENCIA.

Sí, Tibaldo, que quien ama
Halla presto la obediencia.

TIBALDO.

Luego hallarás la paciencia.

LAURENCIA.

Que me dé en el mundo fama.

TIBALDO.

Pues has de saber que el Conde,
De sus vasallos cansado,
Sin tomar contigo estado,
Á quien es no corresponde.
Y ellos lo toman tan mal,
Dice que quiere agraviallos (1),
Que junto á otro rey vasallos,
Y más si el poder es tal,
Hanse de tratar muy bien,
Y pues ya tiene heredero,
Que no salga con lucero,
Pues parece al sol también.
Tu hija dice que pida
Y que la lleve..... No sé
Cómo lo diga.

LAURENCIA.

¿Por qué?

TIBALDO.

Donde le quite la vida.

LAURENCIA.

Tibaldo, el Conde es el dueño
De ella, y de mi gusto es
Que se la dé y tú le des
Gusto, pues que yo te enseño.
Y tienen mucha razón
Sus vasallos en quejarse
De que ha querido infamarse
Con tan baja sujeción.
Ya mi padre le avisaba;
Ya se lo dije, y quería
Más mi campo en que vivía
Que el palacio en que él estaba.
¿Por qué entonces no miró
La murmuración presente,
Pues era el Conde prudente?
Mas, ¿cómo le culpo yo?
¿Puede el Conde errar en nada,
Aunque sea contra mí?
No; mal hablé, que nací
Á su servicio obligada.
Por vasalla es justa ley

(1) Agradillos.

Y por mujer mucho más:
¿Cómo por ella no vas,
Que es ley un gusto de un rey?
¡Ea, pues! ¿En qué reparas?

TIBALDO.

Llorando oyéndote estoy.

LAURENCIA.

De la fortuna desde hoy
Sabrás que tiene dos caras.
Mostróme la alegre ayer,
Hoy me ha mostrado la triste;
Mira tú en lo que consiste
En volver ó no volver.

No hay cosa segura alguna,
Porque está en volver la cara
Esa fortuna, y repara
En que es mujer la fortuna.

Vé, Tibaldo, y ¡por mi vida
(Si la has estimado en algo,
Que á un caballero, á un hidalgo,
Bien es que una mujer pida,
Y más tan pobre mujer
Y de su dueño dejada,
Con quien estaba casada
No ha mucho, pienso que ayer),

Que no pongas en tal parte
A este ángel, que de las fieras
Sea sustentol

TIBALDO.

Tú pudieras

Serlo, á transformarte el arte;
Porque ¿qué cosa más fiera
Que verte tan obediente
Viendo el ángel inocente
Y condenado á que muera?

LAURENCIA.

Voy por él, pues tú no vas,
Y te ha saltado el valor.

Vase Laurencia.

TIBALDO.

¿Oyes aquesto, señor?
¡Ce, Conde, ce! ¿Dónde estás?

ENRICO.

Aquí detrás escondido
Viendo esta heroica matrona,
Digna de mayor corona
Que todas las que han nacido.
En esta presente edad,
¡Qué santa correspondencia,
..... (1).
Qué de virtud y humildad!
Mil veces me vi tentado
De salir y entre sus pies
Poner mi boca.

TIBALDO.

Ya es

Desa manera excusado.

(1) Falta un verso.

ENRICO.

La prueba ha de ir delante.

TIBALDO.

Señor.....

ENRICO.

Quedo, y no te espante.

TIBALDO.

Fenisa sale (1).

Sale Fenisa con la niña.

ENRICO.

Aquí me escondo yo.

FENISA.

¡Dios te bendiga!
Dale, Tibaldo, una higa.
¿No es hermosa?

TIBALDO.

Un ángel es.

FENISA.

Mi señora me ha mandado,
Muy alegre, te la dé;
No me dijo para qué.

TIBALDO.

Será, Fenisa, excusado;
Quiérela el Conde enseñar
A un cierto señor francés.
Quédate, adiós.

FENISA.

Adiós, pues:

Aquí te quiero aguardar.

TIBALDO.

No importa; yo haré de suerte
Que allá la vuelva una dueña.
Ángel, vuestra madre es peña,
Pues no siente vuestra muerte.

Vase Tibaldo con la niña.

FENISA.

Montes de Mirafior, altas montañas,
Donde vi la primera luz del cielo,
Donde una casa vil, un arroyuelo
Entoldado de juncos y espadañas.
¿Qué quimeras son éstas, qué marañas?
¿Qué es de mi campo y mi florido suelo,
Los verdes olmos que bordaba el cielo,
Los copos que igualaban las cabañas?
Ni el plomo entre el diamante ni el topacio
Asienta bien, ni el pez está contento
Fuera del agua, aunque pequeño espacio;
Ni se halla sin el oro el avariento,
Ni el rústico pastor en el palacio,
Que es centro en cada cual su nacimiento.

Salen Belardo, Dorida, Lucindo y Danteo.

BELARDO.

Buen trasudor me ha costado
Haberos acá metido.

(1) Faltan versos.

DORIDA.

Á otros.

Á fe que eres atrevido:
¡Qué lucido está y dorado!

LUCINDO.

Pisá, quedo, ¡pesia tall!
No pongáis recio los pies.

DORIDA.

¿Pensáis que es suelo?

BELARDO.

Pues ¿qué es?

LUCINDO.

Es oro todo y cristal.

BELARDO.

Ya parezco yo, en efeto,
Sacristán deste lugar,
Que he de limpiar el altar;
Le voy perdiendo el respeto.

DANTEO.

Ensartad bien necesidades.

FENISA.

¡Dorida, Belardo amigo,
Danteo, Lucindo!

DANTEO.

Todos (1).

Nos alegramos contigo.

DORIDA.

¡Pesia tal, qué buena estás!
¡Ah, Fenisa, buen sayuelo
Es éstel

LUCINDO.

Trocado has pelo;
Ya medio conde serás:
No te osamos abrazar
Por nó ensuciarte el vestido.

FENISA.

Y ¿á qué habéis todos venido?

DANTEO.

Á verte, Fenisa, y dar
El parabién del mancebo
Que la Condesa parió;
Á ti ó á ella, que yo
Casi á hablarla no me atrevo.

BELARDO.

De su abuelo le traemos
Al mocito un gran recado.

DANTEO.

Mas habemos concertado,
Sino es que allá nos turbemos,
Y es que éstos han de cantar
Una canción que Belardo
Compuso al niño gallardo.

FENISA.

¿Tú?

BELARDO.

Yo; dígalo el lugar.

FENISA.

¿Cómo fué?

(1) Falta la rima.

BELARDO.

Allá me subí

Á un cerro que estaba solo;
Llamé Apolo, y dijo Apolo
Que se entraba todo en mí;
Y ¡par Dios, que salió fuera,
Redonda como una bola!

FENISA.

La Condesa viene sola.
¡Ay, Dios, si el Conde viniera,
Porque oyera la canción!
Cantalda.

BELARDO.

Sí cantarán,
Y aquestos dos bailarán
Cada vez que acabe el son.

Canción.

Los de Mirafior
Parabién traemos
Al Conde y Condesa,
Del nuestro heredero,
Que me bullen y saltan los pies
De puro contento.
Los toscos pastores
Que fueron un tiempo
En los verdes campos
Y en los prados frescos;
Los que acompañaron
Vuestros pensamientos,
Llevando el ganado
Por montes y cerros,
Agora que os hizo
Su señora el cielo,
Parabién os traten
Del nuevo heredero.
Toca y repica el pandero,
Que me bullen y saltan los pies
De puro contento.

LAURENCIA.

¿Quién dirá que me ha movido
Á más tristeza que el daño
Que del Conde he recibido?
Ya envidia el grosero paño
Y alabo el tosco vestido.

BELARDO.

Parecís que estáis suspensa,
Condesa y señora mía.

FENISA.

Por dicha, en sus montes piensa.

LAURENCIA.

¡Ay, cuánto perdí aquel día
Que vi esta grandeza inmensal!
¡Ay, amada soledad,
Donde con tosca llaneza
Trataba simple verdad,
Adornando mi cabeza
Verde laurel de humildad!
¿Qué sirve verla ceñida
De hojas de oro y Real corona?
Todo este bien es fingido.

DANTEO.

¡Qué bien cuadra en su persona,
Belardo, el noble vestido!
Parece que se crió
Para reina deste estado.

LAURENCIA.

Bien adivinaba yo
Que era el estado prestado;
Mas que era fingido, no.
Amigos, ¿cómo estáis todos?

BELARDO.

Buenos, señora, de verte
Subir por tan varios modos
A ser igual al más fuerte
Que descendió de los godos.

Lauro, tu padre, descansa
En su vejez con gran gusto
De ver que una oveja mansa
Rinde á un león tan robusto,
Y que sus fuerzas (1) amansa;
Que está de mirar contento
Que este nieto, prenda amada,
Junte en este casamiento
Con la sangre de Moncada
Vuestro humilde pensamiento.

Mil parabienes te envía;
Hasta los olmos y fuentes
Se alegraron aquel día.

LUCINDO.

Concertando sus corrientes
Olmos dulce armonía.
Por muchos años, señora,
Goces el dichoso fruto.

LAURENCIA.

¡Ay, riqueza adulatoral
¿Qué sirve cubrir el luto?
Ríe el rostro, el alma llora.
En fin, ¿que mi honrado viejo
Vive alegre en su casilla?

BELARDO.

Bueno y contento le dejo,
Siendo al mundo maravilla
Y á tus costumbres espejo;
Ni el hábito se ha mudado,
Ni adornado las paredes
De lo que le has enviado:
Tan desnudas verlas puedes
Como en el tiempo pasado;
Doblados están los paños,
Que dice él que son engaños
Del mundo.

LAURENCIA.

Tiene razón.

BELARDO.

Los que de su condición
Le respetan, llama extraños:
Come en su plato de pobre (2),
Sin querer otro regalo.

(1) Su fuerza.

(2) De barro dice la primera edición.

LAURENCIA.

No hay oro como ese cobre;
Á mil diamantes le igualo.
¡Ay, quién no hubiera perdido
Tanto bien!

DANTEO.

Triste has venido:
¿No estás buena?

LAURENCIA.

Buena estoy.

BELARDO.

Si no alegra el bien, yo soy
Dichoso en ser lo que he sido.

DANTEO.

¿De qué es su melancolía,
Fenisa?

FENISA.

Estará indispuesta;
Cantad y daldá alegría.

DANTEO.

Quizá la enfada y molesta
Nuestra humilde compañía.

DORIDA.

Di, Fenisa, ¿es gravedad
Esto que Laurencia tiene?

FENISA.

Mal conocéis su humildad;
Más con veros se entretiene
Que en la confusa ciudad.

DORIDA.

Anda, que bien se ve en ti
La gravedad que tenéis.

FENISA.

Ni se ve en ella ni en mí.

DORIDA.

Estas telas en que vais,
Ensoberbecen ansí.

Ya tendrás mil pretendores,
Caballeros y señores.
¡Qué oirás de ilustres palabras,
No como entre humildes cabras
Las viles de los pastores!
Pues Dios nos hizo tan buena..... (1).

FENISA.

Dorida, yo tengo bien
Qué imitar en mi señora.

BELARDO.

Dejaldo, y cántese agora:
Proseguidle el parabién.

Canción.

Sea el nuevo infante
En la guerra un Héctor,
En la paz Salmón,
El que hizo el templo;
Sea en los amores
Como un Gerineldos;
Denle bendiciones,
Díganle requiebros,

(1) Verso suelto.

Conquiste el sepulcro
 Donde estuvo el cuerpo
 De Nuestro Señor,
 Como sus abuelos.
 Toca y repica el pandero,
 Que me bullen y saltan los pies
 De puro contento.

Entran el Conde y Tibaldo.

ENRICO.

¡Oh, qué hermosa junta de villanos!
 ¡Qué bárbara y grosera compañía!
 ¡Qué mal se olvida de parientes llanos
 La baja sangre que un villano cría!
 Salen, en fin, mis pensamientos vanos;
 Que mal podrá sentar la cortesía
 Sobre el sayal de un vil, humilde traje
 Que vuelve el alma al rústico lenguaje.
 ¿Éstas, Laurencia, son conversaciones
 De una Condesa entre altos caballeros?
 Si con estas lecciones te entretienes,
 Aprenderás de ingenios tan groseros;
 Vuelves á tus primeras intenciones,
 Vuelves á ser fiera ahora entre fieras;
 No te cuadra el palacio, al campo tornas;
 ¿Destos tapices mi aposento adornas?
 Las fábulas nos cuentan que una gata
 De tal manera amaba un hombre rico,
 Que pidió á Juno, y dió un blandón de plata,
 Si la hiciese mujer; y á mí la aplico.
 La diosa, por no ser al don ingrata,
 Mudóle en rostro humano el negro hocico,
 La piel pelosa en cuerpo deseado,
 Y fué su casamiento celebrado.
 Mas como en el estrado viese un día
 Pasar unos ratones, como antes
 Arrojóse tras ellos la que había
 Tratado en liviandades semejantes.
 Así agradeces tú la intención mía,
 Viendo pasar tus rústicos amantes.
 ¡Salid de aquí, ratones viles, bajos!

Huyen todos.

LAURENCIA.

Ya empieza la fortuna mis trabajos.

ENRICO.

No me venga, pastor, más á esta casa;
 Tibaldo cuelgue luego al que viniere,
 De aquella almena: así quien mal se casa
 Castiga el cielo. Tu descanso adquiere.

LAURENCIA.

Lo que, señor, con inocencia pasa,
 No es justo que te enoje ni te altere;
 Como otras veces no los has reñido,
 Agora, como suelen, han venido.

Que yo dejo las cosas que son justas
 Por esas groserías, no lo creas;
 Dió causa mi humildad y el ver que gustas
 Tal vez de aquellas rústicas aldeas;
 Pero sabiendo yo que te disgustas,

No hayas miedo que más sus sombras veas,
 Que de aquello que fuí, por no ofenderte
 Me olvidaré (1).

ENRICO.

Su gran paciencia advierte. (Ap.)

LAURENCIA.

Yo conozco que tú me has transformado
 Del animal en la mujer, que ahora
 Con tal grandeza mereció tu lado
 Y es de Cerdaña y Ruysellón señora;
 No he vuelto al ser humilde que has pensado,
 Ni al ánimo de tosca labradora;
 Tus vasallos lo digan y sean jueces,
 Pues han loado tu elección mil veces;
 Mas pues pruebas con fábulas tu intento,
 Un labrador escriben que tenía
 Un tronco de moral por tosco asiento,
 Que le pidieron en su pueblo un día;
 Labró dél un artífice contento
 Una imagen de Júpiter, que hacía
 Después milagros, y aunque el pueblo entraba
 Á verle, el labrador jamás llegaba.
 Preguntóle un vecino que le advierta
 La causa, y respondió: «Cuando me acuerdo
 Que éste era moral junto á mi puerta,
 La devoción á sus milagros pierdo.»
 Así Vuestra Excelencia se concierta
 Con mi padre, señor; mas no fué cuerdo:
 Dióle el moral, y aunque milagros haga,
 ¿Qué habrá que tronco verme no deshaga?

ENRICO.

Laurencia, si ellos dicen que te adoran,
 Ellos te engañan con lisonjas claras:
 Antes mi humilde casamiento ignoran.

LAURENCIA.

Créolo: tiene el mundo muchas caras.

ENRICO.

Los Grandes me murmuran, y desdoran
 Mi honor, Laurencia, y pésales que paras;
 Dicen que les doy Príncipe heredero
 Nieto de Lauro, labrador grosero.

Y no les falta causa, razón tienen:
 Yo hice mal; estoy arrepentido.
 Aquí los nobles por el niño vienen;
 Que con paciencia me le des te pido;
 Matarle ó esconderle allá previenen
 Donde jamás parezca; helo sentido;
 Mas ¿qué he (2) de hacer, que vienen alterados
 Con armas á quitarme los estados?

Tenlo por bien: no puedo más; Laurencia,
 Muestra el valor que dices.

LAURENCIA.

Cosa es clara,
 Que á ejemplo, gran señor, de mi paciencia,
 Con ella te daré tu prenda cara;
 Si conviene tu vida, tu Excelencia
 Crea que con la misma alegre cara

(1) En la edición original están trocados este hemistiquio, y el segundo del verso anterior.

(2) Tengo.

Esperaré la muerte suya y mía.

ENRICO.

¡Qué notable paciencia y alegría!

LAURENCIA.

Vé por Gastón, Fenisa, y tráele luego.

FENISA.

Pienso que duerme agora.

LAURENCIA.

Irá dormido,

Y así no sentirá la muerte.

ENRICO.

Hoy llego

A ver un monstruo de valor vestido.

FENISA.

Yo voy.

TIBALDO.

¿Cómo que esté del llanto ciego,
Y que ella tal valor haya tenido?

ENRICO.

Disimula, Tibaldo; yo quisiera
Que otro medio esta gente previniera:

Es áspera la gente de Cerdeña.

Précíase de nobleza, y quieren dueño
De la sangre de Francia ó de Alemania,

No, como dices, rama de aquel leño.

Sale la tigre de la fiera Hircania.

A defender el hijo; yo le enseño

Al mismo cazador, porque se impida

Que el estado (1) me quiten y la vida.

Sale Fenisa con el niño.

FENISA.

Aquí viene Gastón.

LAURENCIA.

Muestra, Fenisa;

Que el Conde mi señor dará licencia

Para que viese esta inocente risa

Por el último bien de su presencia.

Hijo, ¿por qué naciste tan aprisa,

Para poner mi vida en contingencia?

Parece que de un parto y de una suerte

Nacieron vuestra vida y vuestra muerte.

Hijo, ¿queréis saber vuestro delito?

Sabed que os matan porque fuistes nieto

De la humildad de un viejo á quien imito,

Que ya tienen de vos tan mal conceto;

Mas si materia ó forma os han escrito,

La materia soy yo de poco efeto,

La forma fué (2) del Conde: hase engañado

Quien os quiere formar de mal culpado.

ENRICO.

Suéltale ya.

Quítansele.

LAURENCIA

Dadme, señor, licencia;

Que me voy por un rato á mi aposento.

Vase.

(1) Estrado.

(2) Sube.

TIBALDO.

¡Que no ha llorado! ¡Celestial paciencia!

¡Que no ha hecho materno sentimiento!

ENRICO.

¿Hay humildad como ésta? ¿Hay obediencia?

¿Hay varonil valor? ¿Hay sentimiento?

TIBALDO.

Señor, vuélvele el niño, que esto basta

Para saber que es obediente y casta.

ENRICO.

Dale á Tibaldo, y á Celio di que luego

Á Bolonia le lleve, á Eradiano,

Con las cartas que he escrito.

TIBALDO.

Harélo

Como es tu gusto; pero el cielo sabe

El sentimiento y lágrimas que llevo.

ENRICO.

Tibaldo, esto conviene.

TIBALDO.

¿Qué procuras

Hacer de una mujer? ¿Es bronce ó piedra?

¿Qué edificio levantas en su pecho?

¿Qué quimeras fabricas en tu ánimo?

¿Para qué quieres tantas perfecciones?

ENRICO.

Temí el estado en que me vi, Tibaldo:

Escogí la mujer que tengo humilde,

Y ver que no la muda el alto estado

Que ha puesto, procurar saber del todo

De aquella condición heroica el centro,

Para labrarla estatuas de oro y mármol

Y consagrar al tiempo su memoria.

TIBALDO.

Tanto puedes probarla, que la mates.

ENRICO.

Ven conmigo, Tibaldo, y no repliques:

¡Qué notables son todos los Enriques!

Éntrense.

Salen Laurencia y Fenisa.

FENISA.

De tu paciencia me espanto,

Condesa y señora mía,

Pues muestras el alegría

Cuando me deshago en llanto.

Tus hijos muertos, ¿y estás

En aquesa compostura?

LAURENCIA.

Tras la primera locura,

¿Qué tengo que sentir más?

Locura fué dar la mano

Á un Príncipe, de mujer,

Mujer á quien daba el ser,

Que tiene un tosco villano.

Y pues que entonces no vi

El daño que agora tengo,

Véngome de mí, que vengo

Á menos de lo que fuí.

Pague el alma el sentimiento,

Que para que no descansa,
No lloro porque no amanse
La fuerza el llanto al tormento.

Fuera de eso, no he de hacer
Lo que las flacas mujeres;
Que es razón que consideres
Que soy del Conde mujer.

A nobleza corresponde
Ser obediente al marido,
Ni es bien que haberlo sentido
Lo diese á entender al Conde,
Porque en mostrar sentimiento
Le daba á entender Laurencia,
Que mostraba resistencia
A su justo mandamiento.

FENISA.

No sé qué piense de ti;
De piedra tus ojos son,
De bronce tu corazón.

LAURENCIA.

Calla: el Conde viene aquí.

Entran el Conde y Tibaldo.

ENRICO.

Condesa Laurencia, á quien
Quiso el cielo que escogiese
Con los ojos de mi gusto,
Consejos que yerran siempre:
Llevando á entregar el niño,
Aquel ángel inocente,
A la inclemencia de Herodes,
Que ya en sus manos le tiene,
Hallé su vulgo alterado,
Que alterado y junto es fuerte,
Para matarte, Laurencia,
Que algún demonio le mueve.
Quise enojarme.....

LAURENCIA.

Señor,
No te enojas; que bien puedes
Entregarme á su codicia.
Nací; obligome á la muerte;
Dénmela, tú no te enojas;
Que un enojo tuyo breve
Importa más que mi vida.

TIBALDO.

¡Que esto un hombre humano intentel

ENRICO.

No, que ya se contentaron
Con que me aparte y te deje
Volver adonde naciste.

LAURENCIA.

Muy bien dicen, razón tienen:
El agua á su centro corre,
Al mar los ríos y fuentes,
La piedra á la tierra baja,
El humo al fuego celeste.
Todo, en fin, tarde ó temprano,
A su nacimiento vuelve;
Que porque somos de tierra,

Es el fin que nos entierren.
Bien es justo que á mi padre
Vuelva voluntariamente,
Para que te deje libre
Y goces lo que mereces.
Más piedad es que matarme,
Si no te sirve mi muerte,
Por mi padre, no por mí,
Que la furia me enternece.
Sólo, Conde mi señor,
Te pido.....

ENRICO.

Di brevemente.

LAURENCIA.

Pues siempre se les otorga
A quien se va ó á quien muere,
Que se hará lo que desean,
Me mandes dar.....

ENRICO.

Di; ¿qué temes?

LAURENCIA.

El dote que aquí te truje.

ENRICO.

¿Dote, mujer? ¿De qué suerte?

LAURENCIA.

Un sayuelo, un delantal,
Una cofia, seis ó siete
Patenas, y unos corales,
Y tres ó cuatro agnusedís;
De azabaches de Galicia
Una gargantilla.....

ENRICO.

Denle

Su vestido, si es que vive.

LAURENCIA.

Yo le guardé y tú le tienes;
Vé, Fenisa, adonde está.

FENISA.

¿Estos son hombres? ¿Quién cree
Vuestras palabras y gustos?
Con otro como éste encuentre.....

Vase.

FLORA.

¿A quién no le rompe el alma
La mujer más obediente
Que ha visto el sol donde nace,
Y la luna donde muere?
No sé cómo puede el Conde,
No sé cómo el Conde puede,
Tibaldo, sufrir el llanto.

TIBALDO.

Es fiera, es mármol, es nieve.

CELIO.

Experiencias tan sangrientas,
Será poco que le cuesten
La vida.

TIBALDO.

Celio, éste es hombre
Que ninguna cosa teme.

CELIO.
Su honor, y no la razón,
Es justo que le gobierne.
TIBALDO.
¿Persecución en un vidrio?
¡Plega á Dios que no se quiebre!

Vuelve á salir Fenisa con el vestido doblado.

FENISA.
Éste es, señora, el vestido.
ENRICO.
Tómale, Laurencia, y vete.
¿Quieres otra cosa?
LAURENCIA.
Sí.
ENRICO.
Y es.....
LAURENCIA.
Que abrazarte me dejes.
ENRICO.
No es tiempo deso; camina.
LAURENCIA.
El cielo contigo quede,
Luz de mis ojos, mi bien,
Mi señor.
ENRICO.
Acaba.
LAURENCIA.
Iréme.
ENRICO.
Celio y Floriano vayan
Con ella, y los dos la lleven

Á su padre, y de mi parte
Le digan que se consuele,
Que esto conviene á mi estado.
CELIO.
Diremos lo que conviene.
Vase.
TIBALDO.
¿Es posible que esto haces?
ENRICO.
¿Fuése ya, Tibaldo?
TIBALDO.
Fuése.
ENRICO.
Á llorar me voy, Tibaldo.
TIBALDO.
Mas que llores y revientes.
ENRICO.
¿Qué dices?
TIBALDO.
Que pruebas mucho
Este ejemplo de mujeres.
ENRICO.
Pues otra cosa le falta:
Ven conmigo.
TIBALDO.
¿Qué pretendes?
ENRICO.
Oye.
TIBALDO.
¿Más golpes le das al vidrio?
¡Plega á Dios que no se quiebre!

ACTO TERCERO

Salen Lauro, Floriano, Celio y Laurencia.

LAURO.

Bien adivinaba yo
De mis desdichas el fin.

FLORIANO.

Padre, el Conde nos mandó
Traer á Laurencia.

LAURO.

En fin,
De Laurencia se cansó.
Dice mal, que no pudiera
Cansarse de su virtud;
De mi vejez lo dijera
Mejor.

CELIO.

Es la juventud
Desenfrenada carrera;
Erró en este casamiento,
Y á ruego de sus vasallos
Hizo aqueste apartamiento.

LAURO.

Si son mozos los caballos,
Culpado en su error me sientó.
Decir hame de guardar
El día que se empinase
Con mi bajeza al lugar
Que á ella y á mí honorase,
Que es muchas veces bajar (1).
De extraña suerte la envía,
Pues cuando á cambio la diera,
Trujera más mejoría,
Que era hacienda que pudiera
Con honra aumentar la mía.
Acuérdome que llevó
Aquellos mismos vestidos,
Que aun vestidos no me dió,
Que es indicio de perdidos,
Y más quien su honor perdió.
Mas así viene mejor,
Pues la envía á la grandeza
De Enrique, nuestro señor,
Vestida de mi bajeza

(1) Quiatilla ininteligible.

Y desnuda de su honor.

¿Á quién de esclava sirviera
Dos años, que no la diera
Por dos años de servicio
El más bajo beneficio,
Otro vestido siquiera?
Pero mejor acertó
Tomándola en buen sentido,
Si vestido no la dió,
Que mal cubriera (1) el vestido
Lo que el honor desnudó.
No debo de hablar muy bien,
Mas es licencia de viejos;
No es mucho que me la den,
Fuera de que no estoy lejos
Del fin que aguardando estén;
Y como aquel que ya expira
No es bien que diga mentira,
Todos sabéis que es verdad.

FLORIANO.

Antes, Lauro, tu bondad
Nos entenece y admira;
Encuentros son de fortuna:
Muestra aquí tu entendimiento
Que no es firme en cosa alguna.

LAURO.

De su libre movimiento
No tengo queja ninguna;
De mí, señores, me quejo,
Que siendo un pobre viejo,
Un espejo que tenía
Colgué tan alto aquel día,
Que se me quebró el espejo.
Debiera considerar
Que esta bajeza desdice
Aquel supremo lugar;
Presto lo que vistes hice,
Espacio habré de llorar.
Ninguna cosa violenta
Puede durar en un ser
Ni estar de mudanza exenta,
Y más gusto de mujer,
Que siempre para en afrenta.

(1) Cubrió á.

CELIO.

Ahora bien, ¿qué le diremos?

LAURO.

Nada desto que me oís,
Que los padres, cuando vemos
Lo que conmigo sentís,
Hacemos tales extremos.

Pero podéisle decir
Que me pesa que Laurencia
No le acertase á servir,
Y que aquella insuficiencia
Me la pueda atribuir.

Labra con oro el platero
Un vaso, y con tosca mano,
De vil barro el alfarero (1);
Así el señor y el villano,
El pastor y el caballero.

Labré con barro: ¿quién duda
Que la tierra á tierra acuda?
Mil príncipes hallará
Que labren de oro, y verá
Que el oro en barro se muda.

A éstos podrá pedir
Hijas que le acertarán
Á contentar y servir,
Ó por lo menos tendrán
Padres.....

FLORIANO.

¿Qué queréis decir?

LAURO.

Que tendrán á quien el Conde
Respete; pero decilde
Que á su valor corresponde
Volverme á mi prenda humilde
Cuando ya mi sol se esconde.

Sólo este bien me faltaba
Para morir, que ya estaba
En el estado que veis;
Pero si queréis, diréis
Que también conmigo acaba.

Que es el dolor del castigo
De ver esta afrenta en ella,
Y yo, del honor que os digo,
Presto moriré con ella,
Y ella morirá conmigo.

FLORIANO.

El cielo, Lauro, te dé
Paciencia.

LAURO.

Tendré paciencia.

FLORIANO.

Laurencia..... Perdóname
Que así te llame, Laurencia,
Á quien Condesa llamé;
Que el Conde nos ha mandado
Que no te lo llamen más.
¿Qué mandas?

LAURO.

Qué, ¿te ha quitado

(1) *El rueda lleno.*

El título?

CELIO.

¿En eso das?

¡Si le ha quitado el vestido! (1).

LAURO.

Dices bien, que más honrada
Estará sola Laurencia;
Que la virtud heredada
Fué de paternal herencia,
Y no adquirida y comprada.
Y mirad si es más valor
Si le dió el Conde el honor
Que le ha podido perder,
Y el nombre no puede ser;
Luego es el nombre mejor.

CELIO.

Lástima, padre, me has dado.
Dios te guarde.

FLORIANO.

No ha querido

Hablarnos.

CELIO.

Triste ha quedado;
Es grande el bien que ha perdido.

Vanse, y quedan Lauro y Laurencia.

LAURO.

Hija, ¿por qué no has hablado?

LAURENCIA.

De vergüenza, padre mío:
Ya el siglo está sin mí,
Los suspiros van al viento (2);
No pido yo la venganza,
Pues que no tengo de qué,
Ni por qué alguna esperanza
En mis males me la dé;
Ni remedio, ni mudanza.

Fuera desto, el sentimiento
De mis hijos es razón
Que me cause algún tormento.

LAURO.

Luces destos ojos son,
Y espejos de mi contento.

¡Ay, nietos del alma mía,
Que aquel padre os matase!
¿Qué tigre la Hircania envía
Que tanto rigor mostrase?

LAURENCIA.

Todo fué, padre, en un día:
De un soplo mató la muerte
Dos luces, por darme enojos,
Dos ángeles de una suerte
Y dos niñas destos ojos
Que el llanto en fuentes convierte.
Allá los dió á sus vasallos,
Como cuentan de Diomedes,
Que á sus feroces caballos
Daba á comer sus huespedes.

(1) Falta la rima.

(2) Tres versos sin rima ni sentido.

LAURO.

Quédate, Laurencia, aquí.
 (1),

LAURENCIA.

¿No podré yo ir contigo?

Vanse.

Sale Fenisa.

FENISA.

¿De dónde tanto castigo,
 Autor supremo del cielo,
 Pues á un ángel en el suelo
 Das un tirano enemigo?

Juntará los discordes elementos;
 El cordero y león en un aprisco,
 El cóncavo del cielo y aquel risco,
 Las obras y los mismos elementos.

En una copa el mar, en red los vientos,
 La paloma y el fiero basilisco,

. (2)
 La basa triangular de los cimientos.

La palma abrazará con el olivo,
 De la Libia los secos arenales,
 A los hielos del Norte, el muerto, el vivo,
 Amores, interés, bienes y males.

¿Quién juntará lo grave con lo altivo,
 Y en un pecho dos almas desiguales?

Salen Danteo y Belardo.

DANTEO.

Par Dios, Fenisa amiga,
 Que aunque nos pese á todos, como es justo,
 Sin que el amor lo diga,
 De esta desgracia y general disgusto,
 Que en parte el alma mía
 Revienta por los ojos alegría.

¿Adónde está Laurencia,
 Que adornaba extranjeros horizontes
 Con su hermosa presencia?
 Que humildes valles y soberbios montes
 Quedan regocijados,
 Y dan (3) albricias de su planta honrados.

Parece que moviéndose,
 La llaman ya los árboles alegrándose,
 Y se alegran oyéndola
 El ruiseñor, calandria y oropéndola.
 ¿Adónde está la epítima
 De las almas que amor les daba crédito,
 Nuestra reina legítima?

(1) Falta un verso.

(2) Falta un verso.

(3) *La daban.*

En que el planeta de la mar apoya
 Su luz cuando amanece
 Y cuando el sol la salva al Indio ofrece.
 ¿Adónde la veremos,
 Aunque llena de lágrimas y pena?
 Porque la consolemos
 De las desdichas que la suerte ordena.

FENISA.

¡Ay, Belardo y Danteo,
 Qué fin tiene en los hombres el deseo!
 Vení y veréis los ojos
 Que alegraban los prados y las fuentes,
 En tal tropel de enojos
 Vencer con tierno llanto sus corrientes;
 Venid, veréis desnuda
 La que la antigua casa puso en duda.

BELARDO.

Vamos, que no es posible
 Que la fortuna adversa mude el pecho;
 Que al bien más imposible
 Estuvo humilde.

DANTEO.

Vencerá á despecho
 Del tiempo y de la muerte
 La virtud de aquella alma heroica y fuerte.

Vanse todos.

Sale el Conde, Tibaldo, soldados con caja y bandera,
 y el Conde detrás con bastón.

FLORA.

Sin sucesión nos dejas y te partes,
 Y te partes á empresa tan remota.

CELIO.

Conde ilustre (1),
 ¿No era mejor casarte? ¿Cómo es esto?
 Mira, señor, en qué aflicción nos dejas.

ENRICO.

No es de cuidado, valerosa gente,
 La sucesión que no sabéis agora
 Y la veréis algún dichoso día;
 Que el cielo tiene á cargo mis aceros.

FLORA.

Señor, si no te casas porque temes
 Que no está el matrimonio dirimido
 Con justicia de aquella labradora
 Que dejaste por causa no bastante,
 Y te parece cargo de conciencia,
 Escribe al Santo Padre que dispense (2)
 Por causa tan legítima.

ENRICO.

No puedo

(1) Verso incompleto.

(2) *Disponga.*

Pedir esa dispensa al Padre Santo,
Ni dejar de partirme donde os digo.
Yo hice voto al cielo, en un peligro,
De ir á Jerusalén con mis soldados;
No lo he cumplido, y vivo con disgusto.
Supe estos días que el inglés Ricardo
Iba á la gran conquista del sepulcro,
Y que el Rey castellano le acompaña,
Que es el otavo Alfonso, yerno suyo,
Porque á Leonor, su hija, le promete.
Quiero pasar con ellos, que se embarcan
En Sicilia muy presto, según dicen.
Ya de la honrosa cruz honro mi pecho,
Y la puse al arnés y limpio escudo,
Que la pienso manchar de sangre bárbara.
Rogad á Dios que vuelva vitorioso;
Que en lo que toca á daros heredero,
Heredero tenéis de algunos años,
Que algunos ha que me casé.

FLORA.

¿Qué dices?

¿Viven los hijos de Laurencia acaso?

ENRICO.

Floriano, tú quedas en mi estado
Por señor y gobierno; ya te he dicho
Antes de agora mis intentos; mete
Mis vasallos en paz; y tú, Tibaldo,
Pues quies en esta empresa acompañarme,
Ven dó (1) te adorne de la cruz el pecho
Que llevan cuantos van á esta conquista.

TIBALDO.

Señor, yo soy tu hechura; iré contigo
Al límite postrero de la tierra,
Adonde no hay humana ó fiera estampa.

ENRICO.

Catalanes famosos de Cerdania,
Y Ruysellón (2), vosotros tenéis Príncipe;
Pues sois leales, aguardad á Enrique.

TIBALDO.

¡Viva Enrique y la sangre de Moncada!

ENRICO.

¡Viva el que en el sepulcro estuvo muerto!
Pues murió y vive para darnos vida.

TODOS.

¡Viva, viva!

ENRICO.

Mi voto y mi intención Dios lo reciba.

Vanse.

Sale el Príncipe de Biarne, Rosardo, Antelmo
y acompañamiento.

PRÍNCIPE.

Amigos y caballeros
Cuidadosos de mi gusto,
Digo que el casarme es justo;
Consejos son verdaderos

(1) *Donde.*(2) En vez de *Ruysellón*, repite el texto antiguo *Cerdania*.

Los que me da vuestro amor,
Pues muerta la bella Alfreda,
Á Biarne no le queda
Legítimo sucesor.

Murió en sus floridos años,
De cuya pena he vivido
En el luto y el olvido
Que me dejaron sus años (1).

Ya que pudo la razón
Más que el amoroso efeto,
Casarme y daros prometo
Legítima sucesión,

Poned los ojos en quien
Os parezca prenda igual,
Tal que á mí no me esté mal
Y á todos os esté bien;

Que desde agora he dejado
Aquel justo sentimiento,
Y os daré á todos contento,
Y sucesión á mi estado.

ROSARDO.

Muchas ilustres señoras
Del Alemán y Español
Se ofrecen, que al mismo sol
Salen diversas auroras.

Tú elige la que te agrade,
Pues que has de vivir con ella.

PRÍNCIPE.

Ni el ser rica, ni el ser bella,
Ni ilustre, me persüade;

La virtud, la discreción,
Por mejor dote quisiera,
Porque de igual prenda os diera
Cuerda y santa sucesión.

No me anima la grandeza,
Ni el oro me da inquietud,
Porque sola es la virtud,
La verdadera nobleza.

Que sin ser rica ni bella,
Con virtud y discreción
Es corona en el varón,
Y él es glorioso por ella.

ANSELMO.

Ilustrísimo Gosfredo,
Gran Príncipe de Biarne,
Oye atentamente á Antelmo,
Ansí Dios tus años guarde:
Si la virtud, como dices,
Es dote más importante
Que la hermosura y riqueza,
La calidad y la sangre,
Una ocasión se te ofrece
Que en el mundo puede darte
Más fama de cuerdo y justo
Que del soldado Alejandro.
Don Enrique de Moncada,
Un señor (2) de alto linaje,
Que á Ruysellón y Cerdania

(1) ¿Acaso daños?

(2) Señor.

El día no, que en las ruedas
Del sol anda, y razón es,
Pues no hay más cuenta y razón
Que decillo en armonía;
La noche es ciega, aunque guía
Al amante y al ladrón;
Que es tuerta el alba, es muy cierto,
Pues apenas puede abrir
Los ojos; lince es decir
Que ve el día, el cielo abierto;
El muerto, de todos tres,
Es el sueño ó el temor.

LAURENCIA.

¿No aciertas?

DANTEO.

Otro mejor.

LAURENCIA.

Diga Belardo.

BELARDO.

Oye, pues:

Efetos digo que han sido
De amor, y todo es amor,
Celos, olvido y temor,
Y desengaño de olvido.

LAURENCIA.

¿Cómo?

BELARDO.

La envidia en los celos,
Bien la ves andar sin pies,
No al desengaño, que ves
Con la razón de los cielos.
Si ciegos los celos son,
Díganlo cuantos los tienen,
Pues á desatinos vienen,
Indignos de la razón.

La envidia es tuerta de suerte,
Que á nadie ha mirado bien,
Con mil nubes de desdén
Y catarata de muerte.

Por ser lince el desengaño,
Dígalo el mismo, pues ve
El pensamiento que fué
Tratado y hecho su daño.

Celos y envidia es muy cierto,
Y el desengaño mejor,
Que son la muerte de amor,
Y amor el pájaro muerto;
Pues, aunque es muchacho, hiere
Y se ve entre muchas malas,
Pues que le pintan con alas
Y vuela por donde quiere.

LAURENCIA.

Belardo acertó.

BELARDO.

¿No ves

Que soy medio sacristán?

Entra por una parte Floriano, y Tibaldo por otra, y
por otra Anselmo y Rosardo, y más gente de acompa-
ñamiento.

TIBALDO.

Por aquí dicen que van.

ANSELMO.

¿El valle no es éste?

ROSARDO.

Él es.

DANTEO.

¿Qué gente es ésta?

ANSELMO.

Éstos son.

TIBALDO.

Sin duda está aquí Laurencia.

LAURENCIA.

¿Hay más pruebas de paciencia?

¿Hay nueva persecución?

FLORIANO.

Otra gente viene aquí.

BELARDO.

Caballeros, ¿dónde van?

Porque (1) el camino errarán

Si no vuelven por allí.

TIBALDO.

Nosotros vamos buscando
Á Laurencia.

DORIDA.

Á ti, Laurencia.

ROSARDO.

Nosotros por su presencia

Vamos también preguntando.

LAURENCIA.

Yo soy Laurencia (2).

ANSELMO.

Esos pies nos da.

LAURENCIA.

Tenéos,

Caballero.

ANSELMO.

Tus deseos

Cumplidos, señora, ves:

El gran príncipe Gofredo
De Biarne te ha elegido
Por mujer, porque ha sabido
Tu valor; deja ese miedo,
Y luego á su tierra ven,
Que aquí para tu partida
Hay litera prevenida,
Damas y coche también.

TIBALDO.

Con diferente lenguaje
Oirás la embajada nuestra.

LAURENCIA.

En la tristeza se os muestra.

(1) Que.

(2) La redondilla debe ser así:

LAURENCIA.

Yo soy Laurencia.

ANSELMO.

Esos pies

Nos da Laurencia.

LAURENCIA.

Teneos,

Caballero.

ANSELMO.

Tus deseos

Cumplidos, señora, ves.

TIBALDO.

Como á ti en el alma el traje.
El Conde de Ruysellón,
Que fué tu esposo, ha venido;
Pasó por Francia, y ha sido
Tanta su buena opinión,

Que le ha dado por mujer
El Rey su hija, y la espera
Por puntos, y al fin quisiera,
Si es que lo puedes hacer,

Que vinieras á limpiar
Su casa, pues lo sabías,
Porque dentro de dos días
Rosimunda ha de llegar.

Quiere el Conde que también
Entiendas en la comida.

ROSARDO.

¡Buena embajada!

ANSELMO.

Escogida

Para lo que aquéstos vienen (1).

ROSARDO.

¡Estáis oyendo, señor,
Que un príncipe nos envía,
Porque es el ejemplo y guía
De mujeres de valor,

Que la hace princesa
De Biarne, y con tal furia
La llamáis! ¿A quién la injuria
Quiere que la cama y mesa

Le haga, para que esté
Con la mujer que le agravia?
¿Ésta es embajada sabia,
Ésta es bien que se le dé?

¿No halla quien pueda hacer
Esa comida á sus bodas?
¿Tantas pruebas?

FLORIANO.

Sí, que todas

Son pocas á tal mujer.

ROSARDO.

¿No basta lo que ha sufrido?

TIBALDO.

Esta embajada te ha dado
En lo que fuere culpado
Si el embajador he sido.

Tú, Laurencia, escoge aquí
El servir al Conde ó ser
De este Príncipe mujer,
Que envía gente por ti.

ANSELMO.

¿Qué hay que escoger? ¿No está claro
Que irá á Biarne?

FENISA.

Señora,

Mira cuál te venga (2) agora;
El cielo, y busca tu amparo.

Vamos á Biarne á ver.

DORIDA.

Ea, señora, ¿qué aguardas?
Mira cuánta gente y guardas
Te esperan y quieren ver;
Mira á un príncipe tan alto
Que por mujer te desea.

LUCINDO.

En quien te estima te emplea.

LAURENCIA.

Mucho á lo que debo falto,
Todo es bien corto y pequeño.

FLORIANO.

Habla, Laurencia, y responde.

LAURENCIA.

Que voy á servir al Conde.

ANSELMO.

¿Por qué?

LAURENCIA.

Porque fué mi dueño.

Vanse Laurencia y Tibaldo.

ROSARDO.

¡Alta y notable lealtad!

ANSELMO.

Fuése con los caballeros
Más bárbaros y más fieros
Del mundo.

ROSARDO.

¡Oh santa humildad!

ANSELMO.

Vamos á contarle el caso
Al Príncipe.

ROSARDO.

¡Extraño ha sido!

Vanse los dos y acompañamiento, y quédanse
los pastores.

LUCINDO.

¡Que desprecie tal marido!

FENISA.

Vamos, salgámosle al paso,
No la dejemos salir
Del monte de Mirafior.

BELARDO.

Déjala que tiene amor,
Que es quien enseña á sufrir.

Sacar mi cuchillo quiero,
Y en aqueste olmo liso.....

DANTEO.

Pondrás, Belardo, que quiso
Siempre á su dueño primero.

BELARDO.

Pondré que, aunque por Elena
Se perdió mil veces Troya,
No tienen los hombres joya
Como una mujer que es buena.

Vanse.

(1) Falta la rima.

(2) Ven.

Salen el Conde y Celio.

ENRICO.

Esté todo, cual (1) digo, apercebido
Lo necesario y conveniente, (2)
Y bordado de piedras el vestido,
Que envidien las que engendra el Oriente (3).
Le aguarda á punto el coche apercebido
Que al lucífero carro el sol afrente,
Las salas solamente despojadas,
Las camas, como dije, desarmadas,
En el jardín donde la novia queda,
Siempre haya fiestas, luces y alegrías,
Porque mi gusto y mi grandeza pueda
Reconocer aquestos breves días.
Espero que hoy el cielo me conceda,
Por todas las demás conquistas mías
Hechas en honra del sepulcro santo,
El bien que adoro y que celebro (4) tanto.

CELIO.

Ya quedan las salas descolgadas
Y echados por el suelo los tapices,
Las camas en las cuadras desarmadas
De aquella suerte, gran señor, que dices.
Con la novia las damas ocupadas,
Que es tan justa razón que solenices,
Y cubierto el jardín de fiesta y luces,
Donde también á tanto bien reduces.

Entran Tibaldo y Floriano.

TIBALDO.

No sé cómo te diga, ilustre Conde,
El gran valor desta mujer divina.

ENRICO.

¿Cómo responde? (5).

TIBALDO.

Ya por tu casa con placer camina;
Las salas cuelga, y limpia hasta donde
Se ponen los manteles de cocina,
Tan contenta y alegre, que con vella
Lloran los que le ayudan sólo en vella.
Mas esto es poco para una alta prueba
Que hizo cuando dimos tu embajada:
Gofredo de Biarne, con la nueva
De que es por santa y bella celebrada,
La quiso por mujer, y al fin la lleva
Anselmo con quien fuese acompañada:
Damas, coches, vestidos, guarda, creo
Que vino hasta aquel monte su deseo.
Responde que servir á su marido
Era mejor, que al fin era su dueño.
Con esto parte, y con su ruin vestido
Sirve en tu casa.

ENRICO.

¿Esto es verdad, ó sueño?
¿Tan gran virtud se ha visto ni (6) se ha oído?

- (1) Como.
(2) Verso incompleto.
(3) Horizonte.
(4) He celebrado.
(5) Verso incompleto.
(6) Y.

El alma alegre por la vista enseño.
Id, caballeros, por la novia, y venga
Con el padrino que en su amparo tenga (1).
¡Ah, señora, tan alta, que hoy es día
En que se han de esparcir generalmente
De tanto bien la gloria y alegrías!

FLORIANO.

Todos iremos, porque el bien se aumente
Con regocijo igual.

Vanse.

ENRICO.

¡Ay, prenda mía,
Presto verás, mi bien, cómo restauro
Tu gloria al alma y á tu frente el lauro!

Entra Laurencia con una escoba.

LAURENCIA.

Haz, Fenisa, que esa sala
Se limpie y ponga muy bien.

ENRICO.

Roma y Grecia te la den,
Pues que ninguna te iguala.
¿Hay semejante humildad?
¿Hay más notable obediencia?
La gloria de tu presencia
Despierta mi voluntad;
No porque estaba dormida,
Mas por aumentar mayor,
Que es el de Laurencia amor,
Tal vez templanza ó caída.

Quiero fingir lo que suelo,
Aunque me mate el placer.
Dime: ¿quién eres, mujer?

LAURENCIA.

Señor, que te guarde el cielo.

De rodillas.

Mil veces enhorabuena
Vengas á tu antiguo estado,
Vitorioso y laureado
Y el alma de triunfo llena.
Yo soy mujer, mujer soy
Que solía ser mujer:
Mudé el ser por otro ser,
Y en el ser pasado estoy.
Soy aquella que solía,
Que otra diferente fué;
Sólo no, que no mudé,
Fué la fe que te tenía.

Ésta, señor, ha crecido (2)
Con muchas fuerzas de amor,
Porque te estimo señor,
Como te adoré marido.

Tu casa vengo á limpiar
Para que entre en ella; quiero
Merezca mucho más vero
Este supremo lugar.

- (1) Tengo.
(2) He crecido.